

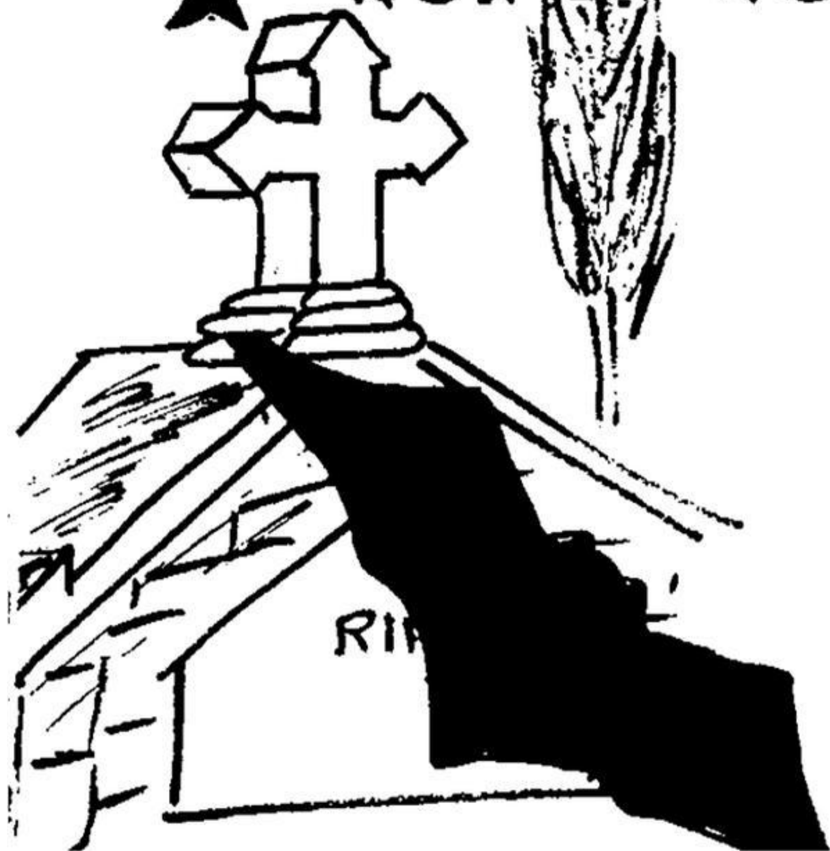
Ralph Barby

24

NOCHE DE MÁSCARAS

TERROR

escalofríos de TERROR



RALPH BARBY

NOCHE DE MASCARAS

colección
Escalofríos TERROR nº 24



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN: 84-7750-068-1
Depósito Legal: M-35318 — 1988

1ª edición: noviembre 88
1ª edición en América: mayo 89

Imprime LITOPRINT-GIESA
Distribuye M.I.D.E.S.A.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Hallábame en Paris después de mi arribada de América cuando fui invitado por un amigo a una fiesta. Cierto que quienes ofrecían la fiesta ni me habían invitado ni me conocían, pero Antoine me puso la mano sobre el hombro, diciéndome entre sonriente y convincente:

—Tranquilo, Charles. Tú te vienes conmigo y conocerás a gente importante de Paris. Vístete muy bien, eso sí es fundamental, y búscate un buen antifaz porque la fiesta es de disfraces. No ocultes tu acento americano, eso suena exótico y a las mujeres les encanta.

No estaba yo demasiado convencido de las palabras de Antoine. Paris me parecía una espléndida mujer de la que era fácil enamorarse y pedirle, tembloroso de deseo, una larga y prolongada fornicación. Sí, como a esas bellas mujeres que en nuestra juventud secretamente nos recuerdan a nuestras madres aunque no queramos confesárnoslo.

Pigalle tenía que ser el útero de Paris, pero yo era un joven algo retraído, inclinado a escribir pequeñas narraciones, insignificantes escritos que no dejaba leer a nadie por vergüenza. Por pudor, jamás había intentado publicar nada en ningún periódico, revista y mucho menos en un libro. Me parecía que sería casi como profanar una catedral.

En realidad, yo no era americano sino francés, llevado a América en la niñez por mis padres que ahora me enviaban a la culta Europa para que me convirtiera en un caballero, ya que carecía de todo linaje aristocrático.

—¿Te has fijado en esa damita? —preguntó.

Discretamente, señaló a unas mujeres que caminaban por la calle.

—¿Cuál? —inquirí.

—La de la izquierda, la de la cintura más estrecha —puntualizó el simpático Antoine.

—Sí, es linda.

—Con que la siguieras un poco, la convertirías en tu amante.

—No digas tonterías —repliqué mientras un carruaje jalado por

cuatro hermosos caballos nos hacía asegurarnos más en la acera.

La muchacha se volvió como si hubiera oído algo. Yo me encontré con sus grandes ojos, unos ojos enormes enmarcados por una atrayente cabellera rubia, y sentí que me sonrojaba.

—Pero, Charles, ¿qué te sucede? —preguntó Antoine casi a gritos, lo que me puso más nervioso—. ¿Será que las chalinas te aprietan demasiado?

Los ojos de aquella "mademoiselle" de Paris me habían atragantado hasta el punto de que mi torpeza para articular palabra resultó ridícula incluso para mí mismo. Eché a andar en dirección contraria.

—Prepárate para esta noche, te pasaré a recoger —me dijo Antoine, acompañando sus palabras con una palmadita en mi espalda.

Mi educación americana había sido rígida y severa. Mis padres, toda mi familia, era muy religiosa. Había sido advertido por mi madre, por mi padre y por el obispo que Paris era una ciudad muy libertina como toda gran ciudad, quizás Paris lo era más que otras, pero, por contra, podía recibir una esmerada educación en la Sorbona y ambiental que harían de mí un perfecto caballero que podría triunfar luego a mí regreso a América.

El hombre al cual mi familia me había confiado, era comerciante y nada más conocerlo, comprendí que en nada se parecía a la opinión que mis padres tenían de él; pero "monsieur" Broigne aceptaba muy feliz los dólares de mi familia y decidió tratarme bien para que yo no tuviera quejas de nada. Bajo ningún concepto deseaba que yo me marchara de su casa en la que también cobijaba y protegía a tres hijas y dos hijos más pequeños.

Por otra parte, mi padre era un gran cliente de "monsieur" Broigne y lo que el comerciante francés tampoco deseaba era perder al cliente americano. Por ello, debió entender que la mejor manera de tenerme contento era darme cuanta libertad yo exigiese para disfrutar de la vida mundana. Mientras, "madame" Broigne me ponía cerco sigilosamente y empujaba a dos de sus hijas hacia mí para que yo no dejara de fijarme en ellas.

En casa de los Broigne me sentía algo incómodo, pero pensé que todo se debía a mí carácter tímido y que acabaría acostumbrándome.

—Madame" Broigne me prestó un antifaz negro que brillaba como el cielo de una noche agostina plagada de estrellas. Fui advertido de que evitara verme envuelto en una pendencia donde salieran a relucir pistolas o puñales.

Me miré frente al espejo del armario que había en mi alcoba. La capa era magnífica y su forro, de raso rojo. Una chistera completamente nueva se elevó por encima de mi cabeza. Me sentí mejor tras el amplio antifaz negro y brillante cuando se filtró en la alcoba Marguerite, la segunda hija de los Broigne, de rostro más descarado y pícaro. Su hermana mayor tenía una belleza más fría, más serena, pero Marguerite seguramente llegaría más lejos.

—¿Qué te parece? —pregunté.

—¿De veras vas al palacete de los marqueses de Gueret?

—Sí —asentí lacónico.

—Será muy divertido, ¿verdad?

—Eso espero —respondí.

Ella se me acercó, se puso de puntillas y sin que yo me moviera, acercó su rostro hasta posar sus labios sobre los míos. Me sorprendió pese a estar advertido de que las mujeres francesas eran otra cosa.

El ambiente austero y de profunda religiosidad en que yo había sido educado en América no daba lugar a semejantes efusiones entre los jóvenes, pero lo que más me sorprendió fue que al darme el beso en los labios, con una de sus manos, no supe cuál, me dio un apretón en los testículos. Luego se echó hacia atrás, me miró muy provocativa, soltó una carcajada y se alejó corriendo de la alcoba.

No sé si fue muy hábil o muy torpe en su travesura, porque un dolor profundo me dejó casi sin respiración y decidí que aquel tipo de juego no era de mi agrado.

Marguerite era más que descarada, una desvergonzada. Cuando se me pasó el dolor, recordé y me sonreí.

Antoine se presentó en un coche de alquiler. Iba muy alegre y el chorreado de su camisa era exuberante, parecía una docena de gladiolos blancos abiertos sobre la botonadura de su camisa.

—Ya verás cómo lo pasamos bien —me aseguró sintiéndose dueño de medio mundo, y no era que el otro medio lo dejara para mí.

—A algunas mujeres que estarán en la fiesta las conozco, pero

no podré presentártelas porque todas irán con antifaz, esas son las reglas. Te aseguro que a algunas de esas mujeres las conozco muy bien y entre ellas las hay hasta casadas que son las que menos comprometen.

Antoine ignoraba que yo escribiría todo lo que él decía o lo que de él me pareciera interesante. Iba a estar con los ojos muy abiertos en la fiesta de los marqueses de Gueret.

En los jardines del palacete había un buen número de carruajes, gente que se dirigía al gran atrio del palacete y lacayos que se quedaban al cuidado de los carruajes privados.

Se me ocurrió preguntar a Antoine antes de apearnos del carruaje de punto:

—¿Cómo es que se celebra una fiesta de disfraces sino es carnaval?

Se encogió de hombros antes de responder:

—¿Y quién lo sabe? Aquí tienen ganas de divertirse, no preguntes y pásatelo bien.

Me dije que si se celebraba una fiesta de disfraces, debía ser por algún motivo concreto aunque mi amigo y cicerone en Paris lo desconociera. Trataría de averiguar el motivo, si es que ello me era posible.

—¿Les espero aquí? —preguntó el cochero.

—¡Oh, no, quién sabe dónde estaremos mañana! —replicó Antoine—. Anda, Charles, déjame tres francos.

Torcí el gesto. Antoine se creía que yo era el Banco de América y lo cierto es que mi familia no gustaba que yo pudiera despilfarrar el dinero.

Nunca había visto un derroche semejante de bujías como en aquel palacete, un lujo al que yo no estaba acostumbrado y que en la puritana y pragmática América no solía darse.

El tarjetón con bordes dorados que Antoine casi puso en las narices del portero que controlaba la puerta principal, nos franqueó la entrada.

Una orquesta en la que predominaban los instrumentos de cuerda ponía música en el gran salón y yo tampoco había visto nunca un grupo de músicos tan buenos y cualificados, fuera de una sala de conciertos.

—¿Oyes las voces, las risas? —me preguntó Antoine exultante de

alegría.

Yo me hallaba en aquella fiesta como el muchacho que después de vivir todo el tiempo en la gran llanura, se encuentra de repente frente al océano con acantilados y fuertes oleajes.

Antoine no me presentó a nadie. Hubiera sido difícil intentarlo, puesto que allí, sino iban completamente disfrazados como en las fiestas de carnaval, se ocultaban tras grandes máscaras como yo.

Me zambullí entre los alegres concurrentes, aristócratas y ricos burgueses de Paris y sus alrededores. Bailé y bebí hasta que apareció ante mí una mujer que vestía de negro, mostrando un escote muy blanco y opulento que me excitó.

Aquella mujer no era ninguna niña, simplemente su carcajada así me lo hizo comprender, ya que gran parte de su rostro estaba oculto por un fantástico y alucinante antifaz plateado con largos cuernos de luna.

Entre sus senos destacaba una especie de broce que era una pequeña calavera cubierta también con un antifaz plateado idéntico al que utilizaba la desconocida.

—¿Eres doncel? —me preguntó abiertamente, escrutándome con sus ojos de color negro intenso que asomaban por los agujeros del antifaz.

Ninguna mujer me había hecho jamás una pregunta semejante. Indudablemente, las mujeres de Paris eran distintas a las americanas, desde la descarada hija de los Broigne a aquella desconocida de enormes pechos, labios gruesos y anchas caderas que acababa de cogerme por los brazos.

—¿Y tú eres virgen? —pregunté yo como respuesta.

—¿Virgen yo? —Se echó a reír, soltó mis trazos y con su mano diestra tomó mi zurda.

Se me llevó entre los que en el palacete se divertían. Yo no sabía qué hacer, no conocía a nadie allí ni sabía dónde estaba mi amigo.

Me sacó del gran salón alejándome de la música, del ruido de conversaciones, de las carcajadas forzadas.

Anduvimos por un corredor como si al otro extremo hubiera una estación de ferrocarril y fuera a escapársenos el tren.

La desconocida, pletórica de energía, se detuvo frente a una puerta entre otras muchas que yo había visto al pasar.

Hizo girar el pomo y me obligó a penetrar en una salita

iluminada por tres lámparas de pared, poca luz si la comparaba con la llameante luminosidad del salón del palacete.

Vi óleos finísimos, muebles construidos por artesanos olvidados, paredes tapizadas en seda, butacas y sofás de gran estilo.

La desconocida me soltó la mano y se acercó a un mueble del que sacó una botella de cristal tallado que contenía un licor oscuro. Tomó dos copas también maravillosamente talladas y escanció licor en ambas, acercándome una.

—¿Quién eres? —me atreví a preguntar antes de llevar la copa a mis labios.

—Eres muy ingenuo todavía. Has venido a divertirte, ¿verdad?

—Sí, me ha traído un amigo.

—Tienes un acento extraño.

Bebí la mitad de aquel licor que me pareció muy fuerte y demasiado dulce. Hubiera preferido "bourbon", pero no podía hacer un desagravio a quien me invitaba.

—Nací en Francia, pero he vivido todo el tiempo en...

—¿América?

—¿Se me nota mucho?

—Sí —se rio ella, y volvió a verter licor en mi copa, ya casi vacía, pese a que traté de impedírselo con un gesto.

—Disculpe, es muy bueno, pero no quiero beber mucho.

Mi protesta no sirvió de nada.

Empecé a sentir mucho calor y embotamiento mental. Notaba flojedad en mis piernas que atribuí a que el licor era muy fuerte y apenas había cenado.

La opulenta mujer de edad indefinida, se fue hacia unos grandes y espesos cortinajes. Estiró de un cordón y los abrió. Detrás apareció otra mujer, ésta vestida de blanco. Era joven, alta, algo delgada. Tampoco pude ver su rostro por el antifaz blanco que se lo ocultaba. Me sentí turbado y ella me sonrió. Llevaba un abanico de nácar y seda en el que había pintada una venus.

—Hermosa, ¿verdad? —me preguntó la mujer de negro.

—Mucho —asentí.

—Pues, vamos, y que la fiesta siga.

Prácticamente fui empujado hacia la bellísima joven que desapareció por una puerta disimulada tras las cortinas. Cerró la marcha la mujer que me había preparado tan desconcertante cita.

Recorrimos pasadizos estrechos, oscuros y sucios, bajamos escaleras, luego subimos otras. Me sentí dentro de un laberinto con la mente aturdida.

Oí el angustioso chillido de algunas ratas y al final, una bocanada de aire frío acarició mi rostro. Nos vimos fuera del palacete donde había un carruaje esperando, no vi ningún otro vehículo más. La bella joven vestida de blanco subió a la berlina y yo fui tras ella. Entonces descubrí a un hombre que también llevaba antifaz y parecía algo mayor. Su aspecto era fatigado. Me senté junto a él sin saber qué explicación podía dar a mí presencia dentro de aquel coche.

Cuando la mujer más mayor se introdujo en el carruaje, cerró la portezuela. Dentro había un farol encendido que nos permitía vernos y el desconocido me observó con inquisitiva atención.

—¿Le parece bien? —preguntó la mujer de negro que era la única que hablaba.

Sentí en los ojos y en el aliento de la joven y bella desconocida que yo sí le parecía muy bien, pero era el hombre quien, por lo visto, debía responder.

Me examinó como si yo fuera un caballo a adquirir y finalmente asintió con la cabeza. Levantó su bastón y con el pomo del mismo golpeó tres veces el techo del carruaje que se puso en marcha.

La noche nos engulló.

Yo no sabía hacia qué destino era conducido, puesto que no había escogido el camino ni a mis desconocidos acompañantes.

Mis ojos sólo veían a la bellísima mujer de blanco mientras la otra mujer sonreía y el hombre, que parecía el dominante de aquella situación, comenzaba a adormilarse, cabeceando sin preocupación.

¿Por qué y adonde me llevaban? Deseaba hacer muchas preguntas, pero entre la seducción que la joven desconocida ejercía sobre mí y la bebida que había ingerido, quedé en silencio.

Nada me importaba ya en aquellos momentos, no existía América ni mi familia, ni los Broigne ni mi amigo Antoine que debería estar divirtiéndose en la fiesta.

Mi mirada se dirigió a la pequeña calavera que la mujer de negro llevaba prendida en su vestido. Ella la cogió despacio entre sus dedos, la extrajo y resultó ser la cabeza de un largo alfiler.

Sorpresivamente para mí, mientras reía tras su antifaz plateado, hundió el alfiler en mi pecho, dejando sobre la blanca camisa la pequeña calavera de marfil.

Sentí un dolor agudo y profundo, muy profundo.

CAPÍTULO II

La puerta de la alcoba se abrió lentamente.

Vanda, absorta en la lectura del diario manuscrito que tenía entre sus manos, bajo la luz de una lámpara de queroseno, ni se percató de la aproximación de la pequeña figura hasta que la tuvo al lado, junto a la cama.

—¡Henriette! —exclamó sobresaltada.

—Mademoiselle Vanda, este libro es mío —dijo la niña que poseía unos magníficos cabellos largos color oro blanco.

Vanda carraspeó ligeramente.

—Sí, sí, ya sé que es tuyo, pero no es un libro, sino un diario personal que tú no debes leer.

—¿Y por qué no?

—Pues, pues... —Vanda vaciló, se sentía en falta y trataba de colocar en la falta a la niña de diez años—. Verás, es muy privado. Quien lo escribió no tuvo en cuenta que podía caer en manos de una niña y aquí hay cosas que tú no debes leer.

—¿Por qué, porque todavía soy una niña de diez años? —preguntó con cierta insolencia.

—Pues sí.

—¿Y usted sí puede leerlo?

—Sí, claro. Debo leer antes todo aquello que cae en tus manos. Soy vuestra institutriz y lo mismo tú que tu hermano debéis tener unas lecturas seleccionadas.

—Pues yo ya lo he leído —puntualizó la niña rubia.

—Pues has hecho mal y ahora, dime dónde encontraste este diario.

—Démelo, es mío.

—Sí, ya sé que es tuyo, pero ya te he dicho que mi deber es controlar tus lecturas.

—Si no me lo devuelve inmediatamente, voy a chillar, chillaré tanto que pronto estarán aquí todos los criados y mi padre, al que tendré que decirle que me ha quitado este libro para leérselo usted

sola.

—Henriette, tu padre entenderá cuál es mi deber.

—Papá no sabe que existe este libro. Le diré que yo lo he leído y que usted se está divirtiendo con él. —La miró fijamente y silabeó —. ¿Me lo devuelve o grito?

Vanda volvió a carraspear.

—A veces te pones odiosa, Henriette, pero si después de todo ya lo has leído, no te va a poder corromper más de lo que ya haya podido hacerlo. Llévatelo y mañana hablaremos.

La niña tomó rápidamente el diario de tapas oscuras y cantos sucios y con él entre sus manos, se alejó hacia la puerta mientras reía.

Los ojos de Vanda se achicaron. Se sentía humillada, la niña la había vencido. Podía haber sostenido el desafío, mas no era cuestión de que la pequeña armara un escándalo nocturno y que el propio marqués de Gueret entrara en la alcoba y le preguntara qué estaba haciendo con aquel desvergonzado y hasta siniestro diario entre sus manos.

Estaba casi segura de que le habría costado su empleo de institutriz, un empleo que, por otra parte, no le habría de durar más allá de tres o cuatro años, pero estaba generosamente remunerado y si salía bien de aquella casa, podría emplearse en otra de la misma alcurnia. No es que Vanda sustituyera a los colegios, pero podía enseñar mucho y en inglés, tenía nociones de alemán y selectos modales.

La pequeña Henriette, además de bonita, era muy astuta y sin duda trataría de emplear aquella especie de victoria sobre la institutriz. Esta se daba cuenta de ello y temía quedar en manos de su pupila, pues sabía que se iría envalentonando más y más hasta someterla a una especie de esclavitud.

Casi a mediodía, Vanda se encontró con el administrador de las granjas del marquesado de Gueret.

Desde el primer momento de conocerlo, le pareció que Antoine era un hombre prematuramente envejecido. Resultaba difícil calcular su edad; sin embargo, Vanda sabía que era joven aún y ya con un cargo de gran responsabilidad, pero la caída prematura del cabello, unos ojos hundidos con bolsas azuladas en los párpados inferiores y un labio descolgado, quizás por una deficiente

respiración nasal, le podían cargar con diez años más de los que realmente tuviera.

—Hola, Vanda —saludó ceremonioso, deteniéndose a su altura. Sus ojos, pequeños y azules, se movieron como para comprobar que en la amplia sala de paso no había nadie más aparte de ellos.

—¿Acaba de despachar con el señor marqués? —preguntó la joven por decir algo, pues realmente no estaba interesada en lo que el administrador pudiera hacer.

Sabía que los mellizos hijos del marqués crecerían y ella tendría que buscarse otra casa para ejercer como joven pero muy cualificada educadora. En cambio, el administrador, si cumplía bien su cometido, podía estar allí hasta su jubilación y posiblemente llegaría a ella con la bolsa de los dineros bien llena.

—Sí, acabo de despachar con el señor marqués —asintió el prematuramente envejecido Antoine—. ¿Y sabe qué me ha aconsejado en forma amigable, yo diría que indicándome cuál debía ser mi futuro, futuro que él apoyaría en todos los sentidos?

—No, no adivino —confesó Vanda.

—Sencillo, me ha aconsejado que me case.

—Pues, sería una buena cosa, a su familia no le faltaría de nada.

—Así es, no le faltaría de nada. Mi esposa sería bien recibida en muchas de las casas de Paris. Lógicamente, no seré nunca un aristócrata, pero sí un hombre medianamente importante. Buena casa, buenos vestidos para mi esposa, incluso alhajas.

—¿Tanto? —preguntó, con un deje de burla que deseó no se le notara.

—Sí. No es que sise al señor marqués, pero él me tiene mucha confianza y me recompensa cuando llevo a cabo negocios o gestiones que le favorecen especialmente. A mis futuros hijos no les faltarán buenos cuidados e incluso gozarán de un porvenir despejado.

—Magnífico, me alegro por usted. Ahora, he de dejarle, disculpe, me esperan.

El la cogió por el brazo, reteniéndola de forma que sorprendió a la joven y bella institutriz.

—A mí me gustas tú, Vanda —confesó, tuteándola por primera vez.

—Antoine, por favor. Me siento muy halagada, pero...

—No me respondas aún. Quiero añadirte que el señor marqués vería con muy buenos ojos que tú fueras mi esposa.

—¿Eso ha dicho?

—Te he mencionado a ti y al marqués le ha parecido muy bien.

—Antoine, yo no dejaré que nadie decida mi vida —silabeó firme pero sin rictus de enfado en su rostro en el que destacaban los grandes ojos gris verdosos.

—Nadie te pide que vayas en contra de tu voluntad, pero si te casas conmigo no tendrías que abandonar nunca este lugar y no te faltaría de nada, te lo aseguro. Yo soy más joven de lo que piensas, pero tuve una juventud algo alocada hasta que senté la cabeza y entré al servicio del señor marqués.

—Le repito que me halaga mucho su proposición, pero...

—Por favor, no me des una respuesta todavía, hay tiempo y todo puede ser meditado y más una decisión tan importante como ésta. Me gustas mucho, Vanda, eres joven, hermosa y culta, lucirás y destacarás en muchas fiestas y me darás hijos sanos que me llenarán de orgullo.

—Todo lo da usted por hecho, pero yo también tengo mi capacidad de decisión.

—Ya te he dicho que el marqués de Gueret acepta y bendice esta unión. No voy a darte prisa, pero nuestro destino ya está escrito y no podemos cambiarlo.

Antoine dio por terminado el encuentro. Vanda quedó entre desconcertada y furiosa. En ningún momento había pensado que pudiera convertirse en la esposa del administrador.

Muchas mujeres en su lugar sin duda se habrían sentido felices, pero Vanda tenía ideas tan extrañas como la de desear elegir su propio destino y amar al hombre que la enamorase y no a otro que sencillamente le montara una familia y le hiciera tener muchos hijos que terminaran haciendo reverencias al marqués de Gueret.

Se dijo que tenía tiempo para reflexionar. Dos asuntos la preocupaban por encima de otras cuestiones: La inesperada proposición de matrimonio por parte del administrador y el diario del desconocido que deseaba recuperar para poder seguir leyéndolo. ¿Qué habría sido de aquel joven llegado de América llamado Charles?

CAPÍTULO III

Aquella tarde, el marqués de Gueret se llevó a sus hijos en la gran berlina al centro de la ciudad para visitar a unos parientes.

Vanda se había disculpado alegando que tenía que repasar libros para al día siguiente poder dar mejor su clase de historia a los hijos del marqués. Este le tenía gran confianza y aceptó sus palabras sin discusión.

Por otra parte, al marqués todos lo veían siempre como muy distante, sólo se animaba cuando llegaba la temporada de caza y oía ladrar a su jauría, pero no disfrutaba de las reuniones familiares y con sus propios hijos se mostraba distante y poco o casi nada afectuoso.

Al dirigirse a la gran berlina, los dos mellizos habían vuelto sus respectivas miradas hacia la joven institutriz. La mirada de la pequeña Henriette había sido dura e inquisitiva y la de Jacques, extrañamente interrogante.

Vanda había cuidado de que los dos hermanos fueran impecablemente vestidos y que sus modales resultaran de lo más exquisito. El marqués no toleraba que los niños le hicieran quedar mal.

—Portaos bien —les pidió Vanda en voz baja sonriendo levemente.

Los niños no respondieron. Vanda siempre había sospechado que entre los mellizos, pese a ser de diferente sexo y no exactamente iguales de aspecto ni caracteres, existía una silenciosa comunicación en la que no podía interferir ni su propio padre. Era como si se hablaran con los ojos e incluso, Vanda intuía que se comunicaban entre sí aunque estuvieran en habitaciones separadas, y esta sospecha le producía un cierto temor que no había comentado con nadie.

Sintiéndose más libre, pues sólo lacayos y el resto de la servidumbre iban de un lado a otro del palacete, Vanda se dirigió a la biblioteca. Estuvo seleccionando libros de los cuales tomó notas y

luego se llevó dos de los libros y las notas a su alcoba. Sólo a ella y al administrador se le consentía que sacasen libros de la biblioteca, libros que debían retornar. Tampoco era fácil que otros criados tomaran libros de la biblioteca pues la mayoría de ellos no sabían leer ni escribir.

Cuando hubo dejado los libros en su alcoba, con toda naturalidad, se dirigió al dormitorio de Henriette que se hallaba junto al de su hermano Jacques. Comprobó con disimulo que nadie la viera entrar en la alcoba. Nada hubieran podido decirle, pero como sentía cierta sensación de culpabilidad, de ladrón furtivo, prefirió que nadie la viera en aquella visita a la alcoba de la hija del marqués de Gueret.

La alcoba era espaciosa, quizás algo tétrica para pertenecer a una niña. Grandes cortinajes espesos y oscuros colgaban de las paredes y los muebles eran de magnificas y finísimas tallas. El amplio ventanal daba al jardín y en las paredes destacaba un gran espejo y un óleo de la joven madre, la esposa del marqués de Gueret que había fallecido al dar a luz a los mellizos.

Vanda había visto aquel óleo muchas veces, pero siempre se abstraía contemplando a aquella mujer elegante, de fino talle y aspecto sereno que semejaba vigilar desde el cuadro el lecho de su hija.

El marqués de Gueret no hablaba nunca de su desaparecida y joven esposa. Era un episodio importante de su pasado que no gustaba de recordar, por lo menos en público. Viudo, rico e importante, había sufrido el asedio de algunas mujeres, pero él había preferido refugiarse en su viudez.

Apartó la mirada del óleo y se encontró con otra imagen de mujer joven, la suya propia devuelta por el bruñido espejo. Los cálidos y húmedos ojos gris verdosos la observaron desde el cristal. Le complació la imagen. Sí, era muy hermosa y la radiante juventud se traslucía en la piel suave y tersa, sin defecto alguno. El esbelto cuello sin arrugas era como un pedestal en el que la cabeza rubia adquiría una majestad insospechada que atraía las miradas.

"Tengo que darme prisa, estoy perdiendo el tiempo", se dijo mentalmente, y comenzó a buscar procurando dejarlo todo tal como lo encontrara.

"¿Dónde lo habrá escondido?", se preguntó molesta. Imaginaba

que Henriette se estaría riendo de ella, como sabiendo que buscaría el diario del desconocido Charles y que no lograría encontrarlo pese a todo su interés.

Buscó el libro por lugares inverosímiles, pero no aparecía.

"También puede haberlo guardado fuera de esta alcoba".

Tuvo la sensación de oír la risa burlona de Henriette y miró en torno suyo.

"Dios mío, ¿me estaré volviendo loca?"

Se estaba obsesionando demasiado por aquel diario, un diario que podía ser falso, pero hasta donde ella había leído, el desconocido Charles hablaba de su amigo Antoine que podía ser el administrador, hablaba también de una joven mujer que podía ser la fallecida madre de los mellizos y el hombre podía ser el marqués de Gueret. ¿Y quién era la desconocida mujer madura que clavaba un alfiler macabro en su cuerpo?

Se sobresaltó cuando a su espalda se abrió la puerta de la alcoba. Al volverse bruscamente hizo caer una figurita de porcelana que se rompió a sus pies.

—Una lástima, debía ser una porcelana valiosa.

—¡Antoine! —exclamó Vanda al reconocer al administrador.

Antoine avanzó despacio. Se inclinó y recogió del suelo de parquet los tres fragmentos en que se había convertido la figura, y mostrándosela, opinó:

—Parece una figurita druida.

—¿Druida? —exclamó sorprendida Vanda.

—Sí, quizás sepas mucho de otros temas y poco de los druidas.

—Pues, confieso no saber nada de esos druidas.

—Fíjate, dos toros blancos y una mujer vestida de negro conduciéndolos, una mujer que sobre la cabeza tiene...

—Unos cuernecillos —opinó la joven.

—Son los cuernos de la luna puestos hacia arriba. Los druidas contaban el tiempo por noches y no por días, por eso para ellos tenía la luna tanta importancia. —¿No será demasiado suponer? —preguntó la muchacha recuperando la confianza en sí misma al no ser interrogada de por qué estaba en aquella habitación.

—La mujer vestida de negro con los cuernos de luna sobre su cabeza bien podría ser una sacerdotisa druida, una bruja dirían otros.

—¿Una bruja druida? —repitió Vanda volviendo a interesarse por la figurita.

—Sí, siempre depende de quién opina. Nosotros los cristianos llegamos a la muerte para nacer de nuevo a una vida eterna, premiados al lado de Dios o castigados en el infierno bajo el poder de Satanás si nos hemos portado mal, pero los druidas pensaban de otra manera.

—¿Qué creían para después de la muerte?

—La transmigración, el espíritu del muerto pasaba a otro ser vivo. Según esa antiquísima religión, tú o yo podríamos ser druidas reencarnados.

—Absurdo —rebatió Vanda. Un pensamiento cruzó su mente, un pensamiento que transformó en pregunta y que sonó como un pistoletazo en los oídos del administrador— ¿Qué sabe usted de Charles?

Antoine se la quedó mirando fijamente y ella notó que se ponía lívido.

—¿Charles, a qué Charles te refieres?

—Su amigo, el que llegó de América.

—No sé de qué me estás hablando, no recuerdo a ningún Charles.

—Sí, un amigo suyo al que hace años llevó a una fiesta de disfraces.

—No sé de dónde has sacado esa historia, pero yo no recuerdo nada. —Dejó los fragmentos de la porcelana que representaba a los dos toros blancos y a la mujer vestida de negro sobre una cajonera —. ¿Tratas de embromarme?

—No, claro que no, pero creí que se acordaría de Charles. A mí me gustaría saber qué ha sido de él.

—A ti, quien únicamente debe interesarte soy yo.

Antoine avanzó hacia ella cogiéndola por los brazos. Vanda retrocedió pero sus piernas tropezaron contra la cama. Sus rodillas se doblaron y cayó de espaldas sobre el lecho.

—Ya tienes la respuesta. ¿Verdad, Vanda?

—No, no, aún no —respondió.

Si le daba una negativa rotunda en aquellos momentos, Antoine podía enfadarse y ella no estaba segura de lo que él era capaz de hacer.

Vanda era joven y sana, pero lógicamente débil frente a un hombre como Antoine y si éste la atacaba, ella no se atrevería a gritar. No quería perder su empleo de institutriz y si el marqués de Gueret había dado su visto bueno a Antoine para que la tomara por esposa, no vería muy molesto que su administrador hubiera forzado a la institutriz para luego casarse con ella.

—A veces pienso que sé esperar, pero cuando estoy cerca de ti, todo cambia. Siento que el fluir de mis venas es más rápido, siento que mi corazón es un redoble de tambor en el inicio de una batalla que debo ganar.

—Cálmese, esta es la alcoba de Henriette, la hija del señor marqués. Hay que salir de aquí, tengo que buscar a un artesano que junte de nuevo las piezas de porcelana —le fue diciendo despacio, con aparente tranquilidad.

Sabía que los gritos, la rebeldía, excitaban aún más a los hombres y los cegaban para el razonamiento convirtiéndolos en arietes de brutal deseo.

—Vanda, has de ser mía.

—Tenga paciencia —le pidió ella ansiando verse libre del acoso físico de aquel hombre que la tenía boca arriba contra la cama sin dejarle posibilidad de escapar.

La ropa le tiraba por la forzada postura en que se hallaba y sentía que los pezones de sus pechos querían saltar de la envoltura del vestido, y si eso ocurría, Antoine no podría contenerse. Atraído por sus senos, daría rienda suelta a todos sus deseos y ella no podría quitárselo de encima.

—He gozado a muchas mujeres, a algunas las he forzado, no te lo niego, pero tú has de ser la última, la definitiva, y prefiero que todo vaya bien. Deseo tener las bendiciones del señor marqués. Tú y yo juntos aquí podemos llegar muy lejos. El señor marqués está despreocupado de muchas cosas. Te haré rica, soy tu solución, no pienses en el marqués porque él no se va a casar con ninguna mujer.

Antoine se apartó de Vanda, la dejó tendida sobre la cama boca arriba y se alejó.

CAPÍTULO IV

Entre un criado y una criada llenaron de agua caliente la bañera de fina plata que en vida utilizara la marquesa de Gueret. Vanda, lo mismo que Antoine, gozaba de una categoría que nada tenía que ver con la de los criados del palacete y ambos disfrutaban allí de muchos privilegios. Entre los criados se murmuraba que Vanda vivía con los mismos lujos y atenciones que la difunta marquesa.

Pese a las habladurías de los criados, Vanda sabía muy bien que pese a gozar de muchos privilegios, sólo era una empleada del marqués que podía ser despedida en cualquier momento si el señor se irritaba. Ella siempre se sentaba a la mesa del aristócrata como si fuera su esposa, y junto a los hijos de éste. En realidad, allí prolongaba su refinada educación. Cuidaba de los niños y de este modo el marqués no tenía problemas. Otros, en su lugar, obligaban a los niños a comer en una sala aparte hasta completar su educación, pero el marqués se sentía mejor así. Cambiaba algunas impresiones con los niños, las justas y en la mesa jamás cruzaba una palabra con la joven y bella institutriz, pero al levantarse, siempre le ofrecía una leve reverencia de cabeza. Aquel hombre, de aspecto cansado, también envejecido prematuramente como su administrador, no se fijaba en ella cuando era muy normal que el amo de la casa tuviera asuntos de cama con la institutriz si ésta había sido elegida joven y hermosa.

Con la esponja marina frotaba su piel. Le agradaba pasar tiempo dentro del agua caliente hasta que se enfriaba lentamente y comenzaba a sentir algo de frío. Su piel se arrugaba levemente, pero luego, unas horas de sueño la tensaban, dejándola suave y sonrosada.

Cada vez que Vanda pensaba en Antoine, fruncía el ceño con preocupación. Se había podido liberar de su primer acoso, pero... ¿Cuánto tiempo más podría resistir? Antoine le había puesto cerco y ella no tenía dónde agarrarse para evitarlo. Lo que estaba muy claro en su mente es que no deseaba ser la esposa de Antoine por muy

prometedor que fuera su destino.

Notó la frialdad de una leve corriente de aire y unos pasos que se acercaban. Deduciendo que era una de las criadas, le pidió:

—Alárgame la toalla, el agua ya está fría. —Se puso en pie dentro de la bañera escurriendo el agua con copos de espuma por su desnudo y terso cuerpo.

Al volverse, quedó entre perpleja y asustada. Junto a la bañera de fina y labrada plata estaba Jacques, el futuro marqués de Gueret.

Era todavía un niño, pero su mirada parecía la de un adulto, frío y escrutador, tan duro y despiadado como la mirada de su hermanita Henriette.

El niño la miraba descaradamente. Recorría con sus ojos todo su cuerpo, centrando su observación especialmente en aquellos lugares diferentes de su propio cuerpo.

—¿Qué haces aquí, Jacques, no ves que me estoy bañando? Anda, vete —le pidió.

Tratando de dar naturalidad a sus movimientos, se encogió y volvió a sumergirse en el agua y la espuma de la bañera, ocultándose así a la mirada insistente y molesta del niño.

—Los hombres dicen que eres muy bonita.

—Cosas de hombres. Anda, vete —insistió.

Jacques, no parecía tener prisa en obedecer, seguía al lado de la bañera en que se hallaba Vanda.

—Tienes unos pechos muy grandes, Henriette no los tiene como tú.

Forzó una corta risa para quitar hierro a aquella situación que la molestaba.

—Porque Henriette todavía es una niña, ya crecerá y se hará una mujer como yo.

—He oído decir que tú los tienes más grandes y bonitos que otras mujeres.

—¿Dónde has oído tamaña tontería? —le preguntó tratando de mojarle la cara, especialmente los ojos con espuma para evitar que el niño la siguiera mirando con aquellos ojos escrutadores, pero no lo consiguió porque el niño se apartó a tiempo.

—Tú sí que darás mucho de mamar a tus hijos, ¿verdad?

—Pues, no. Haces demasiadas preguntas. Sólo Dios sabe si voy a tener hijos.

—Mi madre no nos pudo dar de mamar a Henriette y a mí, murió antes de darnos el pecho.

—Fue una desgracia. Dios quiso llevársela, pero vinieron amas de leche y os dieron de mamar, no os faltó el pecho de mujer y así habéis crecido de fuertes y sanos los dos.

Súbita e inesperadamente para Vanda, Jacques se lanzó sobre ella sorprendiéndola. No le importó mojar su rostro y hasta su ropa para atrapar con su boca uno de los dos pezones de Vanda, un pezón grande, lleno de color y vida.

—¿Qué haces? ¡Aaaah! —gritó al sentir la mordedura en torno a su pezón, como si el niño hubiera pretendido sacárselo con los dientes. Salpicando agua en derredor, logró darle un fuerte empujón derribándolo a un par de pasos de la bañera.

Vanda se llevó la mano al pecho dolorido, marcado por los dientes de Jacques y colérica ante aquel inesperado ataque de quien se suponía debía estar ya bien educado por ella misma, le dijo conminatoria y amenazadora:

—¡Se lo diré a tu señor padre!

Sentado todavía en el suelo, el pequeño Jacques le replicó desafiante:

—Díselo, te despedirá.

—Eres, eres un… —comenzó a decir, sin encontrar la palabra justa conque calificar a aquel pequeño monstruo.

De entre sus ropas, el pequeño Jacques sacó entonces el diario del desconocido con cubiertas de piel color burdeos oscuro.

—Tú quieres esto, ¿verdad? Tú lo buscabas.

¿Cómo podía saber Jacques que había estado buscando aquel diario cuando los dos niños estaban en París?

—¿Qué haces con él, de dónde lo has sacado?

—Si lo quieres, yo puedo dártelo, ya que tanto te interesa.

—Déjalo entonces en el suelo y vete, sal de mi habitación. No es correcto que estés aquí mientras me baño. Vamos, fuera.

Medio sonriéndose, con mirada y actitud maligna, el niño se fue enderezando hasta ponerse en pie mientras seguía mostrándole el diario en alto al extremo de su mano diestra.

—Si lo quieres, tendrás que ser buena, muy buena conmigo.

Echándose a reír, salió de la alcoba dando un portazo. La dejó sola, haciéndole sentir entonces todo el dolor y la escocedura del

mordisco que había recibido en su pecho, en torno al gran y tibio pezón.

CAPÍTULO V

El gran salón del palacete estaba lleno de luz, de música, de carcajadas, de gente ricamente vestida, pero lo mismo hombres que mujeres iban con grandes antifaces que les ocultaban el rostro. Todos parecían divertirse mucho mientras Vanda descendía lentamente por la gran escalinata de mármol blanco alfombrada de rojo oscuro en su centro.

Sin antifaz, con el rostro desnudo, se sentía como si también todo su cuerpo fuera desnudo, como si careciese de aquellos atractivos protectores que eran los vestidos que cubrían los cuerpos de cuantos allí estaban divirtiéndose en el baile de disfraces.

Seguía descendiendo como atraída por una fuerza tan poderosa como desconocida. Le era imposible dar la vuelta y volver a subir la escalera. No sabía por qué pero tenía miedo. Las carcajadas que sobresalían entre la música no se contagiaban a Vanda sino todo lo contrario.

Un hombre elegantemente vestido, con levita de color "beige", camisa chorreada blanca y adornos que semejaban de brillantes, ocultos sus ojos con un reducido antifaz negro y luciendo un bigote rubio oscuro, se le acercó sonriente. La tomó por los brazos y comenzó a danzar con Vanda que se dejó llevar por la vibrante polca que le hacía recorrer el salón de un lado a otro con rapidez mientras otros bailarines hacían lo mismo y sorprendentemente, nadie chocaba con nadie. Ahora, se sentía sumergida entre las risas y seguía sintiendo miedo.

De pronto, una mano férrea la agarró por la muñeca, separándola de su pareja casi con violencia. Quedó ante un hombre grande y fuerte, un hombre corpulento que vestía de verdugo. Sobre su frente, pegado a la capucha, destacaba un círculo de plata que muy bien podía significar la luna. Sus ojillos eran tan oscuros que apenas se le veían en el fondo de los agujeros de la capucha.

En torno a ellos danzó una mujer vestida ricamente de terciopelo negro. Era una mujer madura, que cubría su rostro con

un gran antifaz de plata que semejaba una media luna colocada con las puntas hacia arriba a modo de cornamenta.

—Me hace daño —protestó Vanda en tono de súplica al hombre que vestía como Enrique Sansón, el famoso verdugo de París, ejecutor de María Antonieta, la princesa Isabel, el duque de Orleans y un largo etcétera.

La extraña mujer de negro seguía dando vueltas en torno a ellos, Vanda sabía que no la conocía y, sin embargo, no le sorprendía su presencia. Era como si no pudiera faltar en aquella fiesta de antifaces.

Vanda buscó con sus ojos gris verdosos al hombre vestido de "beige" que la obligara a danzar la polca con saltos y vibrantes carreras, el hombre que le había infundido confianza pero que estaba lejos de ella, entre los otros concurrentes, como sumergido en un grupo de náufragos, ahogándose también entre ellos.

El verdugo, sin soltar su muñeca, la obligó a caminar hacia el gran ventanal que daba a la amplia terraza y desde el que se hubiera dominado el jardín de ser de día. La noche transformaba los setos en barreras abismales, los árboles en monstruos fantasmagóricos silueteados por una fría y maléfica luz de luna.

El verdugo la situó frente a otro hombre alto y algo delgado, bien vestido, un hombre que estaba muy quieto observando desde detrás de su gran máscara que le cubría casi todo el rostro, un antifaz negro brillante, como salpicado de miríadas de estrellas.

—¿Te diviertes? —preguntó él.

Parpadeó mirándole. No sabía quién era él ni nadie de cuantos estaban a su alrededor. El verdugo desapareció de su vista y la mujer vestida de negro también, aunque pudo oír sus carcajadas.

—No, creo que no me divierto —se sinceró Vanda que se sentía como de pie sobre un tablón que flotara sobre las oscuras aguas marinas, temiendo caerse de un momento a otro y ser absorbida por la negritud de las aguas insondables.

—Yo tampoco me divierto —confesó él con un acento que a Vanda le pareció extraño.

—¿No eres de aquí?

—No, soy de muy lejos, pero ya ves, estoy aquí y me siento solo. ¿Te parece que paseemos por la terraza?

—Afuera hará mucho frío —objetó Vanda.

—No, no creo —respondió él—. El frío está en la soledad, en el ulular del viento, en el aullido de los lobos, en la blancura de la nieve y en el hambre, pero afuera no hay nieve, no ulula el viento, no aúllan los lobos. No estaremos solos si estamos el uno junto al otro. ¿Acaso sientes hambre?

—No, no tengo hambre.

A Vanda le pareció que él sonreía al decirle, ofreciéndole su brazo:

—Entonces, paseemos.

Abrió la gran puerta de cristal y salieron a la terraza. La puerta se cerró tras ellos y dejaron de oír las carcajadas, la música. No sintió frío pese al gran escote que dejaba al descubierto gran parte de su pecho y espalda.

—Es una noche de luna llena, una noche hermosa, llena de embrujo.

Sin apenas darse cuenta, se alejaron de la amplia terraza cubierta con losas de granito gris claro y fueron adentrándose en los jardines de perfecto trazado geométrico.

Se sentía rara, sabía que hacía frío y no sabía si aquel frío la atería o no. Era como si su cuerpo se hubiera vuelto insensible.

—Me llamo Charles...

—Lo sabía —musitó ella.

—Aquí me siento solo y perdido —confesó él.

—Te ha traído Antoine, ¿verdad?

—Sí, él me ha dicho que viniera. Es un buen amigo pero algo atolondrado. Dice que la juventud hay que vivirla con fuerza sin pensar en nada más aparte de gozar, gozar y gozar.

—¿Y tú qué piensas?

—No lo sé —respondió con voz quejumbrosa— Somos de allá donde hemos sido educados. Me gustaría regresar pero ya es tarde.

—¿Tarde? Nunca es tarde —replicó ella con vehemencia, deteniéndose.

Charles también se detuvo y se encaró con ella.

—Sí, es tarde, demasiado tarde —repitió con la voz más quejumbrosa aún.

—Tú puedes escoger tu propio destino.

—No, ya no. Lo cierto es que estoy aquí porque tú me has buscado.

—¿Yo? Si no sabía que existieras —puntualizó, titubeante.

—Tú empezaste a leer mi diario, me has estado buscando y ya estoy aquí, pero no puedo regresar.

—Pero, ¿por qué, por qué?

Charles alzó las manos y se quitó el gran antifaz que por su tamaño era casi toda una careta, descubriendo así su rostro.

La luz de luna le dio de lleno, haciéndolo más macabro aún. Charles era una tétrica calavera que la miraba desde lo más hondo de sus cuencas vacías.

Vanda retrocedió aterrorizada, llevándose la mano derecha frente al rostro como para ahogar un grito de espanto.

—¡No, no es posible!, ¡Dios mío, no puede ser!

Siguió retrocediendo hasta dar media vuelta y echar a correr agitadamente por los caminos de aquellos jardines perfectos en su geometría pero que se transformaron en un laberinto por el que corría y corría buscando una salida sin hallarla. Sólo luz de luna y setos que le cerraban el paso, sintiéndose perseguida por el espectro de Charles.

Entre árboles y setos, descubrió a lo lejos una luz que le pareció que podía marcarle el camino de regreso al salón del palacete, una luz que le ayudaría a escapar del tenebroso laberinto donde se había quedado Charles.

Al acercarse a la luz, ésta se fue separando en dos, sí, eran dos pequeñas y vacilantes llamas. Cuando casi las alcanzó con sus manos descubrió que se trataba de dos velas sostenidas por manos diferentes. No podía creerlo pero allí estaban ellos recortados contra la oscuridad, iluminados por las velas que ambos sostenían.

—¡Henriette, Jacques! —gritó al reconocerles.

Los niños de cabellos rubios, ambos de miradas frías, despiadadas, comenzaron a reír, a reírse de Vanda que se descubrió a sí misma sentada sobre su propia cama. A los pies de la misma estaban los niños mirándola, como si hiciera rato que la estuvieran observando en sus sueños de pesadilla.

Las risas burlonas y crueles de los mellizos se introdujeron en su cerebro y lo torturaron dolorosamente.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué hacéis? —chilló, llevándose las manos a los oídos para no escucharlos.

Los mellizos retrocedieron hacia un rincón del amplio

dormitorio y de súbito desaparecieron, dejando a Vanda en la oscuridad, preñada de miedos.

—No, no es posible —musitó temblorosa, diciéndose que todo era una pesadilla, que el vino de la cena debía haberle sentado mal. Sin embargo, cuanto recordaba estaba tan vivo en su mente, en sus retinas, cuando sus pupilas paradójicamente estaban rodeadas de oscuridad, que no sabía discernir si todo era verdad o una mala jugada de sus sueños.

Sobreponiéndose a sí misma, a sus terrores nocturnos, logró hacerse con un fósforo. Lo raspó y encendió después la lámpara que tenía en la mesita. Abandonó la cama protegida por la bata y con la lámpara en la mano, avanzó hacia la puerta. Comprobó que la llave estaba puesta por dentro. Antes de dormir, se había asegurado encerrándose tras los desagradables encuentros con Antoine primero y con Jacques después, no quería volver a ser sorprendida.

Hizo girar la llave y pudo oír con claridad el ruido de la cerradura. Salió al corredor. Una luz muy baja lo iluminaba apenas, suficiente por si alguien tenía que desplazarse por él con rapidez.

Avanzó por el corredor hasta llegar a la gran escalinata de mármol. Miró hacia el salón pero estaba casi a oscuras, silencioso. Pudo oír los tres relojes pero allí no había nadie. La fiesta de antifaces había sido una pesadilla, todo había sido una pesadilla.

Más serena, pero sabiendo que hasta que la luz del sol no entrara en sus retinas no se sentiría más tranquila, retrocedió para regresar a su alcoba. Al llegar frente a la puerta del dormitorio de Henriette, se detuvo, vaciló pero al fin abrió la puerta y entró con la luz iluminando la estancia.

Descubrió a Henriette en su cama, con los ojos cerrados, durmiendo suavemente.

"Todo ha sido una pesadilla", volvió a decirse. Más, comenzó a oír unas risas de niños dentro de su mente, unas risas que conocía bien porque eran las risas de los mellizos.

"¿Me estaré volviendo loca?", se preguntó. "La niña duerme, no puede reírse, no puede".

Nerviosa, abandonó el dormitorio de Henriette para pasar al de su hermano Jacques.

El niño también estaba en su cama con los ojos cerrados al igual que su hermana; sin embargo, Vanda sentía las risas burlonas de los

niños dentro de su cabeza y entonces notó el dolor en su pecho mordido. Instintivamente, se llevó la mano libre a él. Nerviosa, salió del cuarto para regresar a su alcoba y encerrarse de nuevo por dentro.

CAPÍTULO VI

Vanda, confusa, no estaba segura de qué había sido real y qué pesadilla en sus vivencias de la noche anterior.

"Dios mío ¿qué me ocurre?"

Se pasó la mano por la frente. Los mellizos, a medida que crecían, escapaban de su autoridad. Siendo distintos los dos, incluso en el sexo, había veces que parecían uno solo.

Llegó a la sala camino de la biblioteca donde deseaba buscar datos cuando quedó sorprendida por unos ojos grandes, muy vivos y hubiera dicho que hasta cínicos que se posaron en ella descaradamente. Miró al hombre alto, bien formado, algo delgado pero ancho de hombros, con una sonrisa amplia y cautivadora bajo su largo y recortado bigote.

Sin duda era francés como ella, pero su piel estaba más curtida por el sol y los vientos. Adivinábase un hombre fuerte, muy seguro de sí mismo. Sus ropas eran elegantes pero de color más vivo del que podía ser usual en París, así como el entallado que era más ajustado, amoldándose a su cuerpo como deseoso de marcar sus músculos, incluso sus abultados genitales, pegados a la cara interior del muslo izquierdo por la ajustada hechura del pantalón. Tenía el pelo oscuro y abundante.

—Buenos días, mademoiselle. No sabía que el señor marqués tuviera una hija tan bella.

—Siento decepcionarle, no soy la hija del señor marqués —respondió ella lentamente, algo molesta. Le parecía que la cínica sonrisa que mantenía aquel desconocido era demasiado arrogante y trataba de someterla.

—¿Acaso una sobrina del señor marqués? —preguntó él dando un par de pasos hacia Vanda, unos pasos lentos y como de cortejo, acompañando cada movimiento de un balanceo de hombros que no hubiera hecho un aristócrata francés educado en Paris. A Vanda le pareció que aquel desconocido tenía algo de salvaje, y ese pensamiento le produjo una suave oleada de calor entre los muslos,

obligándola a cerrar la boca para tragar saliva y procurando que sus sensaciones no quedaran reflejadas en su bello rostro de mujer rubia.

—Parece que viene de muy lejos —opinó Vanda sin dar respuesta a la pregunta que él le había hecho.

—Así es, vengo del otro lado del océano, de Martinica concretamente. Mi padre lleva los negocios que el señor marqués posee en las Pequeñas Antillas y yo ayudo a mí padre.

—¿Un indiano?

—Más o menos. Mi padre era francés, mi madre en paz descanse era francesa y yo soy francés, pero nací al otro lado de las grandes aguas.

—¿Es la primera vez que viene a Francia?

—No, es la tercera, pero espero volver muchas más. Las anteriores era demasiado joven para darme cuenta de los encantos con que podía encontrarme. —Ah, claro. —Ella siguió con el juego del coqueteo, aquel hombre le gustaba, hasta el olor que emanaba de él la turbaba. Estaba, segura de que si cerraba los ojos se marearía con la esperanza de que el indiano la recogiera entre sus poderosos brazos.

—¿Es cierto lo que cuentan?

—¿Sobre qué?

—Pues, sobre los indianos, las negras y las mulatas y que al final el diablo se los lleva...

—Hay de todo, mademoiselle, hay de todo. Hay quienes enferman por amar demasiado y hay quienes se vuelven locos porque no pueden amar, claro que allí donde hace mucho calor, el amor es más fácil y algunas cosas no se miden con la misma vara que podría utilizarse en Francia. Ron, calor, mujeres hermosas...

—¿Tan bellas son allí las mujeres?

—Antes de conocerla a usted, así lo había creído, pero ahora todo es diferente. Claro que allí...

—¿Allí qué? —preguntó Vanda temiendo no poder pronunciar la última sílaba por falta de saliva en su boca.

Aquel desconocido llegado de las Antillas, un empleado del marqués de Gueret como ella misma, con su sola presencia había barrido de su mente todas las preocupaciones heredadas del sueño de la noche anterior.

—Espero que se haya dado cuenta de que en Paris las cosas no son tan fáciles como en las Antillas.

En aquel momento apareció el marqués de Gueret acompañado de Sébastien, su criado de mayor confianza, alto y fuerte como ninguno. Sus cuarenta años largos no le hacían parecer más debilitado sino todo lo contrario, le hacían más amenazador y peligroso.

—Mademoiselle Vanda, le presento a Roger Trapan.

—Sí, me estaba contando el calor que pasan en las Américas.

—Sí, pasan mucho calor, pero nos proporcionan buen azúcar y ron.

—Un azúcar y ron que al señor marqués le producen excelentes beneficios.

—Los negocios, joven Roger, no es cosa de los señores de alcurnia, sino de sus servidores. Ahora, pasa a mí despacho y me contarás las noticias de tu padre.

—Nos veremos, mademoiselle Vanda —dijo Roger Trapan al despedirse de ella.

Vanda sonrió levemente. Aquel hombre era terriblemente atractivo y pensó que él sí podía ser capaz de enfrentarse a Antoine para que la dejara tranquila.

—Hermosa joven —opinó Roger ya en el despacho del marqués donde habían quedado solos, pues el criado Sébastien permanecía guardando la puerta para que nadie les interrumpiera.

—Es la institutriz de mis hijos, la mejor que pueda encontrarse en Paris. Mis hijos precisan de una buena educación, yo no puedo atenderlos directamente y mademoiselle Vanda sabe conducirlos.

—Seguramente la cortejarán muchos hombres.

—Precisamente Antoine, mi administrador, pretende hacerla su esposa y creo que sería un acierto para ambos.

—No me cabe duda y aunque el administrador sea el hombre más preparado y sano de por aquí, será también el más afortunado si logra casarse con una mujer tan deliciosa.

—Sí, es evidente que mademoiselle Vanda es muy joven, hermosa y educada. Merecería ser aristócrata y podría serlo si aceptase la mano de algún amigo mío, lo malo es que todos son algo mayores para ella.

Golpearon con los nudillos en la puerta y Sébastien anunció:

—El señor administrador.

Como si hubiera sido avisado de que estaban hablando de él, Antoine pasó al despacho de su amo el marqués. Rápidamente clavó su mirada en el joven, alto y fuerte Roger Trapan.

—Adelante, Antoine. Te presento a Roger Trapan, nos trae noticias de mis negocios y propiedades de la Martinica.

—Encantado de conocerle —saludó Antoine.

Roger apenas esbozó una sonrisa. Tuvo la impresión de que el administrador y él no iban a congeniar.

—Hablábamos de mademoiselle Vanda.

—Maravillosa —opinó Antoine.

—Le decía a Roger que pronto la harás tu esposa.

—Así es —asintió Antoine.

—¿Y está ella de acuerdo?

La pregunta del recién llegado no gustó al administrador que ofreció una sonrisa fría y displicente para luego puntualizar:

—Seguro que sí. Yo soy el mejor hombre con quien puede casarse y Vanda es consciente de ello.

—Quizás, pero se me ocurre que una mujer así es la que me gustaría llevarme a mí regreso a las Américas.

Ni Antoine ni el marqués, estaban acostumbrados a aquella forma tan clara de expresarse, directa, sin ambages, sin importarle oficializar con palabras su rivalidad hacia el administrador, joven pero prematuramente envejecido, quizás por exceso de bebida o jaquecas fruto de prolongadas noches de insomnio.

Antoine debió pensar en aquellos momentos que el joven y fuerte indiano era demasiado peligroso para él. Vanda no estaba muy dispuesta a aceptar la boda que él le proponía y si aquel hombre de trato tan directo se interponía entre ambos, podía enamorarla y llevársela y el marqués de Gueret no se opondría, pues lo mismo le daría que se casara uno u otro con ella, él estaba al margen de aquellos asuntos.

Tenía que vencerlo de alguna manera. A puñetazos, directamente, no le sería nada fácil. Desafiarlo por cualquier estupidez a un duelo a pistola, sería temerario, pues los indianos tenían fama de usar muy bien lar armas, ya que en los lugares donde vivían las empleaban muy a menudo. Debería atacarlo a traición o simplemente desacreditarlo, pero en aquellos momentos

sólo se le ocurrió decir, medio sonriendo:

—Si usted consiguiera llevarse a las Américas a mademoiselle Vanda sería muy doloroso para el señor marqués, porque ¿dónde iba a encontrar una institutriz mejor para sus hijos?

CAPÍTULO VII

Sin tener un enfermizo afán de protagonismo, Vanda tuvo la sensación de que los hombres estaban hablando de ella.

El marqués jamás la había molestado ni con la más leve insinuación. Era frío y cortés con ella, lo cual podía calificarse hasta de raro, pues lo habitual era que un aristócrata tratara de conseguir los favores de las mujeres que se ponían a su alcance, máxime cuando dependían económicamente de ellos.

Había muchas formas de retribuir los favores entregados, incluido el dar por bien recibidos a los niños fruto de las relaciones mantenidas, convirtiéndolos en criados favoritos de la casa merced a su fidelidad.

Cuando Vanda entró en la biblioteca, corazón intelectual del marquesado al que pocos tomaban el pulso adecuadamente, se percató de que la escalera de madera que se utilizaba para acceder a los estantes más altos había sido movida. No estaba en el lugar donde ella la viera por última vez y resultaba raro, pues las criadas sabían muy bien que al limpiar no podían cambiar nada de sitio.

Era raro que alguien hubiera entrado en la biblioteca aparte de ella misma. El propio marqués raramente lo hacía. La biblioteca estaba allí como un patrimonio que debía conservarse, una joya que debía lucirse sin manosearla demasiado y que al mismo tiempo debía irse enriqueciendo a medida que se pudiera, aportando nuevas joyas literarias.

Al desplazar su vista por los estantes altos notó la falta de un grueso libro encuadernado en piel teñida en rojo y con letras de oro y plata. No podía saber qué libro faltaba sin consultar el registro que ella misma, por propia iniciativa, había puesto al día bajo la complacencia del marqués.

Colocó sobre la larga mesa de caoba el libro registro, bellamente encuadernado también por el artesano de confianza del señor marqués.

Buscó entre sus hojas el nombre del libro que faltaba para

conocer así la identidad de quien se lo había llevado. Su dedo resiguió una larga lista de títulos, volvió la mirada al estante alto, calculó los lugares vacíos y volvió a consultar la lista.

—Debe ser éste —se dijo— Historias y leyendas de los druidas. Recopilación de narraciones apócrifas. ¿A quién podrá interesarle esto?

Pensó en el indiano, más se dijo que él no había tenido tiempo de encontrar el libro, ni siquiera de entrar en la biblioteca.

—Bah, no tiene importancia…

Volvió a cerrar el registro y se dedicó a buscar un par de tomos de la historia de Francia para anotar los datos que los mellizos habían de aprender. Abandonó la estancia no sin dar una última mirada al hueco que advertía de la falta de aquel extraño libro de leyendas, recopilación de relatos posiblemente orales transmitidos a lo largo de los siglos a la luz de misteriosas hogueras, articuladas por las voces roncas de los más viejos que se sentían con la misión de que todas aquellas historias no se perdieran en la noche de los tiempos.

Cuando regresó a su alcoba, invadido su pensamiento por el deseo de volver a ver al joven indiano, tan diferente de los hombres de Paris, dos sirvientas estaban limpiando su dormitorio y haciendo la cama.

Aquél era su refugio, un dormitorio grande con una mesa de trabajo y una gran cornucopia. Se sentó a la mesa donde tenía otros libros y escritos que las sirvientas no podían entender, pues no sabían leer ni escribir como la casi totalidad de los criados del marqués y los criados de otros aristócratas iguales a él. Mantener la ignorancia y la incultura de los criados era la mejor manera de conservar su fidelidad y sometimiento.

Considerada por la servidumbre casi como una pariente de segundo grado del marqués y conociendo la confianza que éste le tenía al poner en manos de Vanda a sus propios hijos, las sirvientas le hicieron una inclinación de cabeza antes de abandonar la alcoba.

Ante la aparición grata e inesperada del joven y fuerte indiano que había impactado en su mente y en su cuerpo, porque lo había sentido hasta en el acelerón del flujo de su sangre, Vanda se había olvidado de sus pesadillas.

La falta de aquel extraño libro en el lugar que le correspondía la

había preocupado y al regresar ahora a su dormitorio, los mellizos aparecieron en su mente como si los estuviera viendo frente a ella.

A medida que crecían, Henriette y Jacques se volvían como más fríamente malignos, si es que así podía calificarse la conducta de dos niños que avanzaban rápidamente hacia la pubertad.

Tenía que dominarlos, porque si ellos se daban cuenta de que les temía, acabarían dominándola a ella.

Los recordó cómo los viera en la noche. ¿Había sido una pesadilla o realidad? Y si así había sido, ¿qué hacían los dos con sendas velas en sus manos, a los pies del lecho de su joven y bella institutriz?

Se apartó de la mesa y se acercó a la cama hasta tenderse en ella como tratando de recordar con mayor precisión. Cerró los ojos y volvió a ver a los mellizos destacando en la oscuridad con las velas encendidas. Recordó el momento en que se alejaban tal como ocurriera en la noche y, súbitamente, como temiendo que se le escaparan, abrió los ojos mirando en la dirección que le parecía se habían di suelto en la pared.

—No puede ser que traspasen los muros...

Se levantó despacio avanzando hacia el rincón de la estancia por donde le parecía se habían esfumado los mellizos, tratando de demostrarse a sí misma que todo había sido una estúpida pesadilla.

Junto a una gran cajonera, la pared estaba tapizada en seda rosa claro. Las uniones de las piezas de seda podían verse con claridad, pero fijándose mejor, descubrió un rectángulo que no era un retal de seda añadido. Vanda trató de empujar la pared y no consiguió nada. Trató de oír pegando su oreja a la pared y tampoco captó nada.

"Soy una tonta", se dijo.

Más, dentro de sí, algo le decía que aún no debía darse por vencida. Palpó las paredes, incluso la pesada cajonera que daba la impresión de estar clavada en la pared.

Al tocar por debajo de la plataforma superior, por su lado derecho, notó que un segmento de un adorno de madera cedía ligeramente. Lo oprimió y cedió hasta el fondo. Entonces, parte de la pared se movió ligeramente. Vanda empujó lo que parecía una puerta y ésta cedió girando sobre unos ejes colocados a un lado. Se encontró con el paso franco a una galería secreta que ella

desconocía existiera.

"No fue una pesadilla. Se marcharon por aquí y si así lo hicieron, es que los niños conocen los pasadizos secretos de este palacete".

No era mujer miedosa y tomando un candelabro de dos velas, las encendió y se introdujo por la galería secreta, un pasadizo angosto que podía haber sido empleado para huidas rápidas ante inminentes peligros para citas de amor.

Pensó que si Antoine también conocía aquellos pasadizos secretos, ella ya no podría dormir tranquila, temerosa de ser acosada en su propia cama sin posibilidades de defensa.

Gracias a la luz de las dos velas, descubrió en su recorrido que había otras puertas secretas que imaginó correspondían a otras habitaciones. Sin duda alguna, podía pasarse de una alcoba a otra de forma furtiva sorprendiendo al durmiente.

Se dijo que en otro momento ya averiguaría a qué habitaciones correspondían aquellas puertas y recordó el diario del desconocido Charles que había relatado tan minuciosamente la noche de máscaras, diario que Henriette guardaba celosamente y que Jacques parecía saber muy bien dónde encontrar.

Después de girar a derecha e izquierda en varias ocasiones por lo que ya le parecía un laberinto secreto dentro del propio palacete, Vanda se enfrentó con unas escaleras. Tuvo que optar entre las que ascendían y las que descendían y decidió bajar.

Cuando hubo descendido el primer tramo de peldaños, volvió a encontrarse con angostos pasadizos. Se decidió por otra escalera descendente, ya que suponía que se hallaba en la planta del palacete y que si seguía bajando, llegaría al sótano.

Aquellos corredores debían conducir a algún lugar secreto fuera de la propia edificación, de modo que si el marqués o su familia se veían en un apuro pudieran huir, y así debía haber sucedido a lo largo de generaciones.

Le pareció que la escalinata, parte en línea recta y parte en espiral, se hacía eterna, descendía más de lo que debía corresponder a los sótanos del palacete.

Un fuerte y nauseabundo olor a humedad comenzó a molestarla, pero Vanda, como hipnotizada, continuaba descendiendo, buscando no sabía qué, quizás el escondrijo secreto de los mellizos, aquel par de niños que se entendían tan bien pese a ser de diferente sexo y

que en ocasiones parecían una sola persona.

Llegó a lo que debía ser el final de tanto descenso, como si estuviera a las puertas de un frío y húmedo infierno, todo lo contrario de lo que le habían contado que debía ser la morada de Satanás.

Se encontró con una sala en la que había una mesa y varias sillas, pero nada sobre ellas y después, varias puertas. Una de ellas era de bronce, cerrada con una gruesa y casi invulnerable cerradura, pero la llave estaba allí, mohosa, colgada de un gancho en la pared. El goteo de un agua que no se veía ponía música inquietante al silencio que rodeaba a la joven.

Con recelo, tomó la llave colgada de la pared. La introdujo en la cerradura y la hizo girar dos veces hasta que la puerta de bronce cedió. Los goznes chirriaron fuertemente, hasta tal punto que a Vanda le pareció que iba a ser oída en todo el palacete.

Ante ella quedó una galería profunda, aparentemente interminable, húmeda y fría, por la que cabían dos personas en avance o una sola portando un candelabro para iluminarse como llevaba Vanda.

Sólo adentrándose en aquel angosto túnel podría averiguar adonde conducía. Tuvo deseos de meterse en él, pero el miedo la contuvo y volvió a cerrar la puerta de bronce dejando la llave de nuevo colgada en la pared.

No era de extrañar que un palacete de aquel tipo tuviera pasadizos y galerías secretas. Retrocedió hasta introducirse por otro corredor al que se abrían puertas de gruesa madera reforzada con abundancia de herrajes. Aquellas puertas estaban protegidas con cerrojos reforzados y sujetos con candado.

Acercó el oído a una de las puertas cerradas y sólo le respondió el silencio, quizás el ruido de su propia respiración, nerviosa e inquieta. La siguiente puerta no tenía candado. Descorrió el cerrojo y la abrió, adelantando la luz de las velas para iluminar el interior.

Una mazmorra sórdida, sin luz. Dentro no había nada, ni siquiera un catre. El olor a humedad era intenso. Allí no había ni ratas, posiblemente porque no había nada que comer.

Volvió a cerrar la puerta y siguió avanzando por el corredor de las mazmorras.

Halló otra puerta también cerrada con candado que ella no

podía abrir. Buscó por la pared por si encontraba la llave.

Casi por instinto, volvió a acercar la oreja a la puerta de aquella mazmorra cerrada con el candado y comenzó a oír algo que le hizo poner más atención. Era como un rumor de risas contenidas.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó golpeando la puerta con los nudillos.

Las risas aumentaron y la joven creyó reconocerlas.

—Los mellizos...

Intentó forzar el cerrojo, más el candado lo aseguraba de tal manera que era imposible abrirlo.

Golpeó la puerta con la mano libre y sólo le respondieron risas. Si reían era que no estaban sufriendo, se dijo, pero Vanda sintió miedo.

Había comenzado a darse cuenta de la perversidad de los mellizos. Las risas se transformaron en carcajadas que llenaron las bóvedas del sótano y Vanda, asustada, fue retrocediendo hasta la escalera y comenzó a subir rápidamente por ella.

Las escaleras se le antojaron interminables. Huía de las carcajadas de los mellizos que parecían sobrenaturales, de ultratumba. Casi asfixiada, llegó al pasillo que debía corresponder a su alcoba. Al buscar, la puerta secreta abierta, no la encontró, todas estaban cerradas y si había marcas identificativas en cada una de ellas, Vanda no las descubría.

Dedujo que la puerta debía haberse cerrado sola por algún contrapeso secreto, de esta forma se aseguraba el secreto de los pasadizos.

Después de ir de un lado a otro sin descubrir la puerta que correspondía a su alcoba, decidió abrir una al azar, ya que era mucho más fácil abrir aquellas puertas desde el pasadizo, bastaba con girar un mango de hierro que liberaba el seguro. Un contrapeso se ponía en movimiento y la puerta secreta giraba sobre un eje.

Al penetrar en la alcoba, la luz del día que se filtraba por un ventanal hirió sus ojos. Sopló sobre las velas, apagándolas.

Reconoció la alcoba, era la de Henriette. La niña no estaba allí y Vanda pensó que los niños debían conocer los pasadizos secretos, bien por habérselos mostrado su propio padre para que pudieran escapar en caso de peligro o porque los habían descubierto por sí mismos.

Un cajón estaba entreabierto y al ir a cerrarlo por puro instinto de perfeccionismo, descubrió el diario encuadernado en piel. No contuvo su deseo de tomarlo entre sus dedos.

Miró en derredor como habría hecho una ladrona en su lugar. Su intención no era hurtar sino leer el contenido de aquel diario que tan vivamente la había interesado y preocupado.

Un ruido súbito la sobresaltó y temió ser descubierta, mas no fue así. La puerta secreta se había cerrado sola y ella era la causa del ruido. Tal como había supuesto, la puerta secreta, por algún extraño resorte o muelle, sólo permanecía un tiempo abierta.

Sintiéndose en falta, se apresuró a salir del dormitorio. Miró el diario personal que tenía en su mano y lo sopesó como diciéndose:

"Lo leeré rápido y se lo devolveré a la pequeña bruja, así Jacques no me saldrá por sorpresa".

No le gustaba nada la actitud descarada que el hijo del marqués estaba adoptando con ella los últimos días. Mientras le daba clase, el niño, en vez de mirar su libro o el rostro de la institutriz, clavaba sus ojos en los turgentes pechos femeninos y no había curiosidad infantil en aquellos ojos, sino algo muy parecido a la lujuria.

CAPÍTULO VIII

El camino me pareció largo; sin embargo, tenía la impresión de que estábamos dando rodeos dentro de algún bosque como para que yo no supiera bien hacia donde nos dirigíamos.

La belleza de la joven vestida de blanco me aturdía.

Ella no cesaba de mirarme a través de su antifaz. ¿Qué estaba ocurriendo?, me preguntaba sin hallar una respuesta mientras la mujer madura con el antifaz de plata también me miraba y se reía levemente, como muy satisfecha.

A todo esto, el hombre del sombrero que yo ignoraba quien era, dormitaba o así me lo parecía a mí.

Me hubiera gustado advertir a Antoine de que me iba con las dos mujeres y aquel hombre algo mayor, pero ¿adónde?

Si fuera del carruaje hacía frío, dentro comenzaba a hacer un calor húmedo, quizás de nuestras propias respiraciones.

En uno de los movimientos de la berlina, rocé la pierna de la joven y me sentí excitado.

Me daba cuenta de que estaba viviendo una aventura, una aventura que jamás podría relegar al olvido. Aquella noche tenía que ser muy importante en mi vida y aún no sabía por qué. Era como vivir dentro de un extraño sueño del que sinceramente no deseaba despertar.

Si mis ojos se abrían a un nuevo día y todo aquello resultaba un sueño, la desconocida joven de blanco se desvanecería para siempre y yo ansiaba que fuera una realidad.

Si todo el mundo se hubiera fundido en la nada, si el hombre maduro y la mujer de negro desaparecieran dejándome a solas en la Tierra con la muchacha vestida de blanco cuyo rostro aún no conocía bien, hubiera sido el hombre más feliz del planeta, del infierno y quizás hasta del cielo.

El carruaje se detuvo al fin.

Un hombre alto y fuerte, sin duda un criado de gran confianza, nos abrió la portezuela sin decir nada.

El hombre del sombrero fue el primero en bajar. Le siguió la joven de blanco, después la mujer de negro y finalmente, yo.

Había muy poca luz. La casa que teníamos delante podía ser un pabellón de caza con un largo porche. Tenía una planta y un piso.

El hombre del sombrero se fue directo hacia una butaca cerca de la chimenea donde ardían los leños y se dejó caer en ella. Parecía muy cansado pero nada decía, ni un solo comentario.

La joven de blanco subió por una escalera de madera de gruesos barrotes torneados y desapareció.

—Espera un momento, muchacho —me pidió la mujer madura.

Me senté a la mesa, torpe, sin saber qué hacer ni qué decir. No conocía a nadie, me sentía extraño y a merced de cuánto me dijeran y ordenaran, era como si hubiera perdido mi voluntad.

La mujer de negro comenzó a preparar algo en unos recipientes de piedra que sacó de una canasta de mimbre. Tuve la impresión de que aquellos recipientes no eran tratados como vulgares útiles de cocina sino como objetos religiosos o mágicos. Frente a mí, sobre la mesa, sonriéndome, mezclaba las cosas y las aplastaba dentro de un mortero añadiendo un vino rojo y espeso que hubiera jurado que era sangre.

Fue hasta el fuego de la chimenea y de él extrajo una daga de ancha hoja que me pareció muy antigua. Estaba al rojo vivo, pues debía haber sido introducida en el fuego hacía horas. Cuando vino hacia mí con aquella ancha daga al rojo, sentí miedo y me sudaron las manos, debí desprender vapor humano por los ojos. Volvió a sonreír y entonces hundió la daga al rojo en el recipiente en el que había vertido la pócima de extrañas mixturas.

El hierro candente produjo un ruido inquietante. Del recipiente con forma de gran copa escapó vapor y un olor fuerte que embriagaba y al mismo tiempo mi olfato rechazaba. Agitó la mezcla y cuando levantó la daga, ésta flageló como si acabara de ser extraída del pecho de un hombre.

Del fondo de la cesta de mimbre extrajo dos copas de grueso cristal tallado. Tomó el recipiente de piedra, pesado y posiblemente muy antiguo, y escanció la pócima repartiéndola en las dos copas por igual. Temí que me invitaran a beber de aquel líquido espeso que había coloreado la copa en rojo y lo que temía, sucedió.

—Bebe, bebe hasta las heces y hallarás la felicidad —me dijo

ahora sin sonreír, la mujer de negro y antifaz de cuernos de luna.

Dirigí mis ojos hacia el hombre que se había sentado en la butaca frente al fuego, sin quitarse las prendas de abrigo. Busqué ayuda en él y no obtuve ni siquiera una mirada. Era como si no existiera para él y ya tenía la copa casi tocando mis labios.

—Bebe.

Cedí.

Aquel brebaje tenía un sabor dulzón y un perfume que no sabía definir. Para mi sorpresa, me agradó y contra lo que había supuesto, lo sorbí casi como una criatura hambrienta la leche de su madre.

La mujer de negro asintió con la cabeza. Llevándose la otra copa, se dirigió hacia la escalera de madera y ascendió por ella hasta desaparecer en lo alto.

Mi cuerpo perdía peso y yo me sentía más liviano y más fuerte al mismo tiempo. Mi visión estaba algo turbia y una oleada de aire del trópico, cálido y húmedo, se había introducido en mis venas caldeando todo mi cuerpo.

El criado, alto y fuerte, no estaba visible; era como si se hubiera quedado de centinela en el porche para que nadie nos molestara.

Me levanté de la silla.

Cuando reapareció la mujer de negro con el antifaz de cuernos de luna, me invitó a seguirla con la mano y yo obedecí yendo hacia la escalera. Ascendí los peldaños de madera uno tras otro como dispuesto a subir a un altar pagano.

—Pasa —me pidió al llegar ante una puerta que estaba abierta. Vi una alcoba amplia y cómoda que olía a leña quemada. Allí había también una chimenea donde ardían los leños, pero mis ojos se dirigieron rápidamente hacia la joven vestida de blanco que se hallaba junto a la alta y sin duda mullida cama. Los ojos femeninos estaban posados en mí y su mirada era intensa.

—Desnúdate —me ordenó imperativa la mujer de negro que tenía algo de bruja.

Me volví hacia ella como no entendiendo nada y me abofeteó con dureza. Sentí que me ardían las mejillas, que mi rostro iba de un lado a otro, pero no había rebeldía en mí, aquella mujer me dominaba.

—Desnúdate —volvió a ordenarme—. Yo iré fuera. Tengo la hoguera y la Diosa Luna me espera.

Comencé a desnudarme ante los ojos de las dos mujeres. Cuando me hube despojado de todas mis ropas, miré a la joven que comenzó a desnudarse a su vez junto a la cama. No cesó hasta que sólo quedaron en su cuerpo las joyas, pendientes, collar, anillo, diadema y el brillante antifaz blanco. Sentí que todo en mí se turbaba. No me atrevía a moverme, como si todo se tratara de un sueño mágico, un encantamiento que pudiera desvanecerse al primer movimiento que yo hiciera.

No sabía quién era aquella mujer joven que me aguardaba medio tendida en el lecho, con los labios entreabiertos y húmedos, los ojos brillantes, los senos turgentes y los pezones erguidos. Fui hacia ella como envuelto en oleadas espirales de calor. La besé en los labios y ella rodeó mi cuello. Sentí el calor de su piel sobre la que resbalaba mi propia piel.

Besé, lamí y chupé sus pezones, primero uno, luego el otro. Noté que ella temblaba y gemía levemente. El fuego envolvía el leño que crepitaba y los dos sentimos la quemazón del placer intensísimo. Teníamos el tiempo, la eternidad de nuestro lado o quizás así lo creíamos. La cama nos parecía un enorme campo sobre el que dábamos vueltas de un lado a otro y sólo nos veíamos a nosotros cuando no se nos enturbiaban los ojos.

—¿Quién eres? —inquirí, casi gimiendo.

—Ámame más, ámame... —gemía ella.

No estoy seguro, quizás fueron seis, siete, acaso ocho, sólo sé que gozamos muchas veces hasta que un sopor agradable me sumergió en un sueño profundo. Notaba el cuerpo cálido, desnudo y húmedo de ella, pues la había hecho sudar levemente varias veces y yo sabía que no había sido el calor del hogar sino el goce lo que había cubierto varias veces su piel de una perfumada pátina de sudor.

Aquello debía ser el paraíso si se prolongaba eternamente. Respeté su rostro y no le quité el antifaz. ¿Por qué había sido elegido yo para aquella inmensa suerte, para gozar de la felicidad teniendo entre mis brazos aquel cuerpo delicado y a la vez venusino?

Cuando desperté, todo fue terriblemente distinto. Estaba en una especie de mazmorra sumido en la más lóbrega oscuridad. No había nada allí, ni una silla ni un catre. Torpemente, como borracho que

se despierta con resaca, me estremecí de terror al constatar que estaba encadenado. Grillos de grueso hierro se cerraban en torno a mis muñecas y tobillos.

Quise medir la distancia en que me hallaba encerrado con mis pies, con mis manos, ya que con mis ojos no podía abarcarla por carecer de luz. Nada conseguí, las cadenas estaban sujetas con argollas a la pared.

—¡Nooo! ¡Nooooo! ¡Sacadme de aquí! ¡Noooo! —grité desesperado en medio de la oscuridad, totalmente desnudo y encadenado a la pared de bloques de granito.

—¡Dios mío! Ayúdame, ayúdame —sollocé después de gritar inútilmente no sé cuánto tiempo, sin que nadie acudiera.

El tiempo fue transcurriendo. Cuando ya creía que había caído en la sima de la oscuridad eterna, se abrió la puerta, el cerrojo chirrió y los goznes gruñeron. Apareció el alto y fuerte criado. Llevaba una lámpara que colgó en la pared de un gancho y luego entró una jarra de agua y una pequeña marmita con comida que dejó a mí alcance.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy? ¿Por qué me han encadenado? ¡Quiero mis ropas, quiero salir de aquí! —grité levantándome, pero las cadenas limitaban mis movimientos y mi avance fue muy corto. El criado parecía tener medidas las distancias porque no se inquietó lo más mínimo por mi actitud agresiva, ni siquiera respondió a una sola de mis preguntas.

Se llevó la lámpara y volvió a dejarme sumido en la oscuridad, Sentí el frío del miedo. Estaba tan desvalido, allí encadenado. Pasaron las horas y traté de contener el hambre, pero al fin cedí y tanteando encontré la marmita.

Su contenido estaba frío y al principio me repugnó el olor. Había carne, algo más y gachas. Comí como un perro y bebí agua. Me convencí de que debía alimentarme y sobrevivir. Mientras tuviera vida tendría esperanza.

No sabía yo en aquellas horas lo amarga que era la degradación. Embrutecido como una bestia, el hedor comenzó a ser tan habitual allí dentro que dejó de causarme náuseas. Me dormía y volvía a despertar. Tenía pesadillas y me iba creciendo la barba, la notaba con las yemas de mis dedos. No tenía noción del tiempo, ni del día ni de la noche.

El criado volvió a aparecer trayéndome más comida y agua, como si llevara alimento a un perro encadenado en la perrera. Ya no tenía fuerzas para gritarle que quería mi libertad. Era sordo a mis quejas, incluso a mis súplicas, porque el tiempo doblega el orgullo y me hizo débil, aplastó mi cuerpo y también mi espíritu.

¿Cuántas veces entró el criado a darme comida y agua? Perdí la cuenta.

—¡Mátame, mátame ya! —le supliqué.

No deseé para la bestia más horrible la vida a que se me había condenado. Después de una noche de placer, una larga eternidad de infierno.

Un día, una noche, no sé, el tiempo ya nada significaba para mí, al abrirse la puerta apareció la mujer vestida de negro. No llevaba antifaz, pero yo sabía que era la mujer del antifaz de cuernos de luna.

—Hola, muchacho. Te portaste bien.

—¿Bien? ¿Qué significa esto? ¿Por qué estas cadenas? —grité haciendo tintinear aquellos malditos eslabones de hierro que me mantenían siempre junto a la pared, con unos movimientos limitados.

—Ella me ha dicho que te dé lo que pidas.

—¿Sabe ella cómo estoy?

—Ella desearía venir a verte, pero no le está permitido. Sabe que estás encerrado, pero no dónde y aunque quisiera, no podría hallarte jamás.

—¡Quiero la libertad, quiero la libertad! —grité con todas mis fuerzas.

—Por ahora no es posible. Pide otra cosa —dijo sin alterarse, muy tranquila y dueña de sí.

—Pues que venga ella y vea con sus propios ojos como se me paga una noche de felicidad.

—Eso tampoco puede ser, lo siento. Pide algo material, algo que yo pueda traerte aquí. ¿Mejor comida? Veo que has enflaquecido mucho y que estás sucio.

—¿Y cómo quieres que esté, encadenado en medio de la mierda? —le grité, ya fuera de mí—. Tráeme algo para escribir y una luz. No me dejéis en la oscuridad, me aterra.

La mujer de negro se marchó y cuando creía que ya no volvería

a verla, reapareció. Dejó un farol de aceite colgado de la pared y se acercó para entregarme este diario en el que estoy relatando todo lo que me aconteció por si algún día alguien lo encuentra y puede llegar a leerlo.

—¿Para qué quieres escribir? —me preguntó ella.

—Me gusta la poesía —le dije, y rompí a reír como un loco. Ella dejó a mis pies el diario y un lápiz.

Cuando la mujer volvió a marchar, leí en sus ojos que lo hacía para siempre. Dejó allí la lámpara de aceite y supe que tendría luz mientras aquel aceite durase.

Acabo aquí mi historia. Ruego que alguien avise a mí familia en las Américas, cuya dirección es... Charles Laimier

Vanda cerró aquel diario lleno de amor, amargura y terror, y no pudo por menos que recordar las mazmorras secretas que descubriera en el sótano secreto del palacete del marqués.

CAPÍTULO IX

—Buenos días, mademoiselle Vanda —saludó muy cortés, con una leve pero perceptible inclinación de cuerpo y una amplia sonrisa no exenta de cinismo que dejaba ver sus dientes muy iguales, cuadrados y un tanto grandes, muy apropiados para la amplia mandíbula del hombre.

—Buenos días. ¿Va a quedarse mucho tiempo entre nosotros?

—No lo sé exactamente, algunas semanas. He de regresar a Martinica en el mismo barco que llegué a Francia y aún debe cargarse con mercancías para los que allá vivimos y queremos tener de todo lo hermoso que hay en París, claro que eso no siempre es posible.

—¿Ah, no? Si se puede comprar.

—Hay cosas que no se pueden comprar, mademoiselle.

—¿Cómo cuáles? —preguntó interesada.

—La virtud, la juventud y la belleza, y de todo eso tiene usted un gran tesoro, ya ve. Lo mejor que hay aquí no podemos comprarlo para llevárnoslo.

—Allá habrá mujeres igualmente jóvenes y hermosas, si me disculpa la inmodestia.

—Sí, hay mujeres hermosas, pero yo no he visto nunca una como usted.

—Dicen que la mejor belleza que puede encontrarse por aquellas tierras es la de una cuarterona.

—Una cuarterona es una blanca con ascendientes negros. Son bellas y saben dar, discúlpeme, placer a los hombres.

—Siendo así…

—Además de placer, yo deseo amor y fidelidad, claro que es inútil que me fije en usted, he sabido que va a ser la esposa del administrador.

—¿Quién ha dicho esa tontería?

—Pues, el propio administrador delante del señor marqués —puntualizó Roger.

—Le han informado mal porque yo no pienso casarme con él. Es

cierto que me lo ha pedido, pero yo no obedezco como una esclava. Soy la institutriz de los hijos del señor marqués, eso es todo.

—Siendo así, me gustaría pasear por París con usted. Alquilaríamos un buen carruaje y...

—Despacio. El que no desee casarme con Antoine no quiere decir que me entregue a los brazos del primer desconocido que llegue, aunque sea de las Américas —dijo con cierta coquetería.

—Claro, claro, pero quisiera que tuviera en cuenta que no dispongo de mucho tiempo antes de mi regreso a las Américas. He venido aquí como viaje de negocios en lugar de mi padre y representando los intereses del señor marqués y también he de preparar las compras. El almacén que regenta mi padre en las Américas es del señor marqués.

—¿Todo es del señor marqués? —pregunto Vanda, ya algo molesta.

—Sí, eso parece.

—¿Por qué no se independiza y pone su propio almacén?

—Eso cuesta mucho dinero, claro que algún día puede que empiece algo por mí mismo. Yo soy diferente a mí padre, pero mejor no decirlo en voz alta por estos salones, el señor marqués podría despedirme a mí y a mí padre también.

—Tranquilícese, seré silenciosa. Esta noche tenemos una cena importante, habrá algunos invitados.

—Sí, yo también estoy invitado. El señor marqués desea que conozca personalmente a algunos de sus invitados porque deberé hacer tratos con ellos. Ya sabe que el señor marqués no desea negociar personalmente.

—Después de cenar me agrada pasear por los jardines y máxime cuando hay una gran luna como sin duda la habrá esta noche.

Roger comprendió que las palabras de Vanda eran toda una invitación y se apresuró a sonreír.

—Será un placer acompañarla en ese paseo. Esperemos que el administrador no desee también pasear esta noche.

—¡Mademoiselle! —interpeló Jacques, apareciendo por la escalera junto a su hermana Henriette.

—Hola. ¿Ya estáis listos?

—Sí, los caballos estarán listos también —dijo Henriette.

Fijándose en el fuerte y varonil Roger, le sonrió de una forma

impropia para su edad. Era como si la niña ya pudiera valorar con su mirada todo el poder y la masculinidad de aquel joven llegado de las Américas.

Los mellizos montaron sobre unos ponis de talla grande que, pese a ello, quedaban por debajo de la talla de la yegua que montó Vanda.

La joven institutriz no daba clases de montar a caballo, pero sí de comportamiento en la cabalgada que era muy diferente. La cabalgada también sería tiempo de paseo y distracción para los mellizos. Ambos estaban bien dotados para la equitación y así lo demostraron cuando, de improviso, iniciaron un trote que se transformó en un trote largo y después en un galope.

—¡Jacques, Henriette! ¿Adónde vais? —inquirió Vanda que hubo de iniciar la persecución de los muchachos que se habían apartado de la ruta de paseo por los jardines para dirigirse hacia el bosque por un camino desconocido para ella.

Los gritos de la muchacha resultaron inútiles, no hicieron detenerse a los mellizos y mucho menos retroceder. Galopó por el camino del bosque que sin duda alguna formaba parte de las tierras del marqués hasta que descubrió una casa y frente a ella, a los dos ponis. Los niños debían haber entrado en la casa de madera.

—¡Henriette, Jacques! —llamó, deteniendo su cabalgadura frente al porche de lo que parecía un pabellón de caza.

—Tendré que buscar alguna forma de castigarlos —se dijo entre dientes mientras desmontaba—. Si no hay obediencia, no hay posible educación.

La puerta estaba abierta. Entró en el pabellón de caza y tuvo la sensación de haber estado antes allí.

—¡Henriette, Jacques!

Oyó risitas, era como si los dos precoces y malignos niños jugaran al escondite con ella.

Cuando subió por la escalera, le vino a la mente lo leído en el diario de Charles.

"Dios mío, éste debe ser el pabellón de caza al que le trajeron para que hiciera el amor con la desconocida de la fiesta de máscaras. Todo parece verdad, el diario no es una invención".

Las risas llegaban del piso alto.

Tenía que imponerse a los mellizos antes de que le perdieran

totalmente el respeto. Si llegaba ese caso, tendría que marcharse del palacete para siempre.

A su mente acudió la imagen varonil, fuerte y cínica de Roger Trapan. Sí, con él sí se iría a las Antillas para comenzar una nueva vida.

Llegó a lo alto de la escalera. Se dirigió hacia una puerta que estaba abierta, cruzó su umbral y penetró en la alcoba. Sin duda era la misma que Charles describiera en su diario. De pronto, la puerta se cerró a su espalda casi con violencia y al girarse, sobresaltada, descubrió a quien menos esperaba encontrar allí.

—¡Antoine!

—Has caído como una gacela en la trampa.

—¿Trampa? —repitió Vanda, parpadeando incrédula.

—Los mellizos han cumplido lo pactado, te han traído aquí y ahora es inútil que grites.

—¿Dónde están los niños?

—¿Qué importa? Se quedarán jugando por fuera hasta que sea la hora del regreso. Los tres volveréis juntos del paseo a caballo.

—¿Qué es lo que pretende?

—Que seas mi esposa y por lo que das a entender, no tienes muchos deseos de hacerme feliz.

—Esto es una canallada —protestó la joven mientras buscaba la posibilidad de escapar de aquella trampa en la que había caído inocentemente.

—Hoy te enfadarás mucho, aunque, quién sabe si hasta puedes gozar pese a no desearlo, pero mañana todo lo verás diferente y te convencerás de que lo mejor para ti será casarte conmigo. Después de todo, yo habré desflorado tu virginidad y la mujer es siempre del primer hombre que la toma.

—Déjeme salir y daré por no oídas sus palabras —dijo, muy digna y resuelta.

Antoine sonrió muy seguro de sí.

—Aunque por la noche se lo cuentes al señor marqués, me dará la razón a mí y te dirá que te cases conmigo, después de todo es lo que te estoy ofreciendo ahora, sólo hago que romper todas tus barreras. Después de que seas mía ya no habrá motivos para que te opongas a ser mi esposa para siempre, verás que todo es más fácil de lo que imaginas.

—No voy a consentirlo. Si me toca, soy capaz de matarme.

—Eres una fierecilla. Los mellizos ya me han dicho que has estado coqueteando con el indiano y le has dicho que no querías casarte conmigo. Como los mellizos desean ayudarme y además quieren que tú seas feliz...

¡Nunca lo conseguirás!

Vanda corrió hacia la ventana con evidente intención de lanzarse por ella, pero Antoine consiguió alcanzarla. La sujetó por los brazos y haciendo caso omiso de los gritos de la joven, la llevó a la cama hasta tumbarla.

En los barrotes había preparados largos pañuelos de seda con los que comenzó a atar las muñecas de Vanda y luego los tobillos pese a que ella se resistía. Sus fuerzas estaban lejos de poder contrarrestar las de Antoine que parecía haberlo preparado todo meticulosamente.

—¡Canalla, suélteme! ¡Henriette, Jacques! —gritaba la joven tratando de escapar de los pañuelos de seda que la sujetaban a los barrotes de la cama.

—Puedes gritar cuanto quieras, mi amor, sólo harás que cansarte. Tu cuerpo sudará y estará más apetitoso. Verás cómo todo es más sencillo y agradable de lo que supones. Mañana comprenderás que ser mi esposa es lo que más te conviene. Me gustaría dejarte embarazada, quiero una esposa hermosa e inteligente como tú y niños, muchos niños, y tú me los darás.

—¡Canalla, suélteme, suélteme! —pedía a gritos.

Antoine comenzó a desnudarse, satisfecho de sí mismo. Unos años atrás había sido un estudiante con ganas de vivir pero pobre, ahora comenzaba a tener buenas bolsas de dinero y podía conseguir una esposa perfecta. Sabía que gozaba de la absoluta confianza del marqués, porque Antoine le era tan fiel como el criado Sébastien.

—Suélteme —pidió Vanda cambiando de actitud. Sus gritos de nada servían.

Antoine la tenía a su merced, bien sujeta en medio del bosque gracias a la complicidad de los mellizos que no aparecían por parte alguna.

—Si me suelta, mañana hablaremos de boda, pero mañana...

—Mañana, no, querida, va a ser ahora. Nuestra unión física creará un compromiso que será indestructible. Después de esta

tarde, ya nadie que valiera la pena querría casarse contigo si yo contaba a mí manera mis amores con la institutriz en el pabellón de caza del señor marqués.

—No lo haga, Antoine. Si me viola, le odiaré toda la vida, jamás podré perdonar esta humillación.

—El jamás no existe, el tiempo y las conveniencias cambian los sentimientos.

El rechazo que Vanda sentía hacia el administrador era tan grande que en aquellos momentos hubiera deseado morir, pero ni siquiera la muerte estaba a su alcance. Sujeta por las muñecas y los tobillos, se veía convertida en un mero objeto de placer para aquel sádico individuo.

—¡Dios mío, líbrame de esta bestia!

El grito surgió de lo más hondo de su ser, pero Antoine no estaba dispuesto a ceder. Todo lo planeado le había salido bien con la complicidad de los perversos mellizos. Ahora sólo le cabía alargar la mano, tomar el fruto deseado y gozarlo con la máxima fruición posible. Después ya sería siempre suyo.

CAPÍTULO X

La puerta de la alcoba del pabellón de caza se abrió súbita y violentamente. Antoine, encelado hasta la sinrazón, se hallaba a horcajadas sobre la sujeta Vanda cuyas ropas estaban siendo abiertas con frenesí casi salvaje.

—¡Cerdo!

Vanda miró con ojos suplicantes al joven y fuerte Roger Trapan que cogió por un hombro a Antoine y lo echó hacia atrás apartándolo de la mujer.

Antoine miró desconcertado al indiano. Sus ojos estaban tan enrojecidos como su mente o sus genitales. El puño de Roger le dio en pleno rostro con tanta dureza que lo lanzó fuera de la cama, haciéndolo caer de mala manera y golpeándose contra la pared y el suelo.

Roger arregló las ropas de Vanda para cubrir sus piernas dejadas al desnudo por el deseo de Antoine y después comenzó a soltarle los pañuelos de seda.

—Gracias, gracias —gemía la joven queriendo morirse en aquellos momentos por la vergüenza que estaba pasando.

Antoine se había repuesto levemente con la boca ensangrentada. Sacudió la cabeza para poner en claro su mente y logró ponerse en pie. Mirando con odio y fiereza al que consideraba un intruso, se lanzó contra él para devolverle el golpe y consiguió su propósito porque Roger estaba ocupado en desatar a la muchacha.

Mas, pudo reponerse y los dos hombres se enzarzaron en una violenta pelea. Con los pies libres pero con las manos todavía atadas al cabezal de la cama, Vanda presenció la feroz pelea entre los dos hombres.

Antoine sacó energías de donde no parecía tenerlas y golpeó con una silla el costado de Roger, pero éste se rehízo y le golpeó varias veces seguidas hasta hacerlo salir por la puerta de la alcoba y a puñetazos echarlo escaleras abajo.

—Creo que ya tienes bastante —gruñó el indiano mientras lo

veía caer.

Con el dorso de la mano, se secó la sangre de la boca. Regresó junto a la cama y terminó de liberar a Vanda que, agradecida, humillada y todavía con los sentimientos de miedo en su espíritu, le abrazó.

—Gracias, gracias por, por...

—¿Llegar a tiempo? —preguntó Roger mientras le acariciaba los rubios y sedosos cabellos.

—Sí, me habían preparado una trampa. Le dije que no quería casarme con él y pretendía hacerme suya por la fuerza —sollozó, liberándose de la tensión.

—Pues, debes dar gracias a quien me pasó la nota de lo que iba a ocurrir.

—¿Qué nota?

—Esta.

Le mostró una hoja doblada en la que podía leerse:

"Querido Roger:

> Si estima a "mademoiselle Vanda, corra hasta el pabellón de caza donde le han tendido una trampa para violarla".

—Sin firma —añadió Roger.

—Dios mío, es la letra de los mellizos.

—¿De los mellizos? —repitió, perplejo.

—Sí, curiosamente tienen idéntica letra pese a ser niño y niña. Tienen la misma mentalidad, a veces me dan miedo. Ellos han colaborado con Antoine para tenderme esta trampa, han hecho que yo viniera aquí al galope persiguiéndoles. Yo no conocía este lugar, ni siquiera tenía un rudimentario mapa como el que te han dibujado en esa nota.

—Es muy extraño. Primero te preparan esta trampa y luego me avisan de lo que va a suceder para que intervenga. ¿Qué se proponen esos niños?

—No lo sé, pero de ellos se puede esperar cualquier cosa, son perversos y preparan juegos perversos. Será mejor que se lo cuente todo a su padre.

Roger opinó:

—Será mejor que no lo hagas, antes creerá a los niños, el señor marqués es muy especial en sus cosas.

—Si es así, dejaré el palacete. En Paris mucha gente me conoce, alguien me acogerá.

—Ya hablaremos de eso, lo mejor ahora es marcharse de aquí. Si lo deseas puedes contarle al señor marqués que el administrador ha tratado de violarte sin mencionar a los niños.

—Antoine se ha ido creciendo, se ha convertido en un hombre poderoso. Será mejor que te guardes de él, tiene suficiente influencia sobre el marqués como para que tu padre y tú dejéis de trabajar para él. Es vengativo y esto no va a perdonarlo.

—Mi padre sufriría un rudo golpe, tiene muy arraigado el sentimiento de la fidelidad, pero yo empezaría montando mi propio negocio de importación y exportación, si es que tú te vienes conmigo.

—Sácame de aquí primero, los niños deben andar por ahí fuera.

—Al llegar no los he visto.

—¿No has visto sus ponis?

—No, he visto una yegua y un caballo, como si Antoine y tú hubierais llegado juntos.

—Dios mío, hasta eso han preparado. Me dan terror esos niños. Tienen un espíritu maligno que les guía.

Vanda no quería pensar en cómo acabaría todo aquello. Dos hombres habían peleado por ella, uno había tenido un comportamiento canallesco y el otro la había salvado de una desagradable situación que la habría marcado de por vida, pero ¿qué diría el marqués de Gueret cuando se enterase de lo ocurrido? ¿Apoyaría una vez más a su administrador?

—Salgamos de aquí. Todo esto se tiene que aclarar a menos que prefieras callar y abandonar este palacete y venirte conmigo a las Antillas.

Si hiciera eso, tu padre pagaría las consecuencias —advirtió la muchacha—. Primero he de tener una conversación con los mellizos para ver qué se proponen.

Descendieron por la escalera de madera y al pie de la misma descubrieron el cuerpo del administrador.

Ambos se detuvieron, desagradablemente sorprendidos.

Antoine yacía boca arriba con los ojos completamente abiertos y el horror reflejado en ellos. Por su boca aún fluía un hilo de sangre que engrosaba el charco que se estaba formando bajo su cuerpo.

Un atizador de la chimenea, con dos largos dientes muy puntiagudos, había sido ensartado en el cuello de Antoine, con tal fuerza que casi lo habían clavado contra el suelo de madera.

No había podido ni gritar. Habría visto llegar la muerte con espanto, sin poder eludirla, quizás porque en la caída podía haberse roto algún hueso o desviado el espinazo.

Ahora yacía muerto boca arriba, mirando a la eternidad con ojos vidriosos, ojos que poco antes habían contemplado llenos de lujuria la belleza de la joven institutriz a la que tratara de violar, obligándola así a un matrimonio que ella rechazaba.

—Dios mío, Roger, está muerto.

—Tú sabes que no lo he hecho yo. Hemos peleado y ha caído por la escalera, eso ha sido todo.

—Lo sé, pero alguien le ha clavado ese hierro en la garganta. No resisto mirarlo.

—Se lo merecía, pero ¿quién ha podido ser? Sería increíble que

hubieran sido los mellizos.

—Roger, el marqués jamás aceptaría eso. Te acusarán a ti y te llevarán a la guillotina.

—Yo no he sido. ¿Por qué habrían de cortarme la cabeza?

—Hay que buscar un culpable. Tengo miedo por ti, me has salvado y ahora pueden acusarte de esta muerte. Nadie te creería si dijeras que me has salvado de sus garras. Dirían que ha sido una pelea por conseguirme, eso sí, pero que tú le has matado a él y eso te costaría la guillotina.

Roger Trapan, sin dejar de mirar el cadáver, asintió preocupado.

—Me temo que las cosas van a ser como dices salvo que el asesino confiese.

—Si han sido los mellizos, jamás lo admitirán, les conozco. Lo mejor sería hacerlo desaparecer, que no lo encuentren.

—Imposible. Aunque lo abandonemos en el bosque, los perros lo encontrarán cuando noten su ausencia y si saben que ha salido a caballo, lo buscarán.

—Conozco un lugar donde se puede esconder y no lo encontrarán.

—¿Dónde?

—En el palacete existen unos sótanos secretos con mazmorras. Podríamos dejarlo escondido allí, nadie lo encontraría.

Pero, eso es imposible. ¿Cómo podría trasladar el cadáver a esos sótanos secretos? Alguien me descubriría —objetó el hombre.

—Yo he descubierto ese sótano secreto por casualidad y por lo que leí en el diario de Charlas, existe una galería que debe comunicar con este pabellón de caza en desuso.

—¿Qué es eso del diario de Charles?

—Una larga historia, ya te la contaré. Primero hay que encontrar la galería aquí bajo nuestros pies. Si la encontramos, no me cabe duda de que ha de ser la misma que yo descubrí. Quienes construyeron el palacete debían tener una escapatoria segura para utilizarla en circunstancias difíciles como cuando el asalto a la Bastilla.

—¿Estás segura?

—Sí, pero primero veamos si los mellizos siguen por aquí.

No pudieron descubrir a los mellizos ni a sus ponis, aunque Roger sí descubrió las marcas de las herraduras.

—Los ponis han estado aquí, pero se han marchado.

—Hay que buscar una puerta secreta o una trampilla para descender al sótano —indicó la muchacha.

En el sótano había una bodega con toneles a la que accedieron por una puerta que estaba bajo la escalera, sin secreto alguno. Iluminados por las velas de un candelabro, Roger opinó:

—Esto es un sótano bodega, sí, pero no veo ningún túnel. Las paredes están hechas a pico y las vigas son de madera muy recia para sostener la edificación.

—Entonces, la entrada a la galería puede estar oculta en uno de esos grandes toneles.

La propia Vanda encontró una palanca de madera oculta entre dos toneles. A simple vista, en el caso de ser descubierta, parecía una cuña de sujeción, pero la joven no dudó en jalar hasta inclinarla y todo el frontal plano del tonel se abrió dejando al descubierto una oscura gruta.

—Aquí está —dijo Vanda, satisfecha del hallazgo.

—¿Estás segura de que por aquí se puede llegar a los sótanos del palacete?

A la pregunta del hombre, ella respondió en sentido afirmativo.

—Lo malo es que al final hay una puerta de bronce cerrada con llave.

—Entonces, ¿no podremos pasar?

—Si yo voy al palacete primero y bajo al sótano, abriré esa puerta para que tú puedas pasar. Ocultaremos el cadáver en una mazmorra de las que hay allá y después regresaremos por el túnel hasta aquí. Coges tu caballo y vuelves al palacete como si nada hubiera ocurrido.

—No es tan fácil, me mancharé de sangre.

—Yo te llevaré ropa limpia, la cogeré de tu valija, sé en qué habitación te hospedas.

—Celebro que pienses en todo, Vanda. Le tengo aprecio a mí cuello y no quiero que me lo corten en la guillotina. Lo que me gustaría es saber por qué han asesinado a Antoine los mellizos, si es que efectivamente han sido ellos.

Será mejor precavernos y no comentar con nadie la muerte y desaparición del administrador; todos le tienen por un buen hombre y fiel al marqués.

Roger Trapan permaneció pensativo unos instantes. Buscó los ojos gris verdosos de Vanda a la luz de las velas que les iluminaban y le hizo la reflexión:

—Si oculto el cadáver, nadie podrá pensar nunca que no he sido yo el asesino y si se descubre, seguro que me llevan a la guillotina.

—El sótano es secreto. Debe haber otro sótano, pero el que yo te digo sólo lo conocerán contadas personas, el marqués de Gueret y posiblemente sus hijos. Si descubren el cadáver de Antoine, no creo que ni el marqués ni los mellizos quieran darlo a conocer porque pondrían al descubierto los secretos más ocultos y posiblemente más horrorosos del palacete.

—¿A qué secretos te refieres?

—No lo sé aún, sólo son sospechas generadas por la lectura de un diario secreto.

—¿Lo tienes tú ese diario?

—No, lo he leído secretamente, Henriette dice que es suyo. Después de leerlo lo he devuelto a la alcoba de la niña. Jacques también sabe de su existencia y del interés que yo tenía por leerlo. Ese niño me da miedo.

—Bien, hablaremos de todo eso con más calma. Ahora, no sé si va a venir gente por el pabellón de caza. Si los mellizos se pusieron de acuerdo con el administrador para prepararte la trampa a ti y luego me han dado la nota a mí para que pudiera sorprenderle cometiendo su canallada y que hubiera pelea, pueden estar preparando algo más sucio aún. Me cuesta creer que unos niños hayan podido matar a un hombre herido.

—Hay dos mazmorras cerradas con candado. Sería bueno que pudiéramos abrir uno de esos candados, meteríamos el cadáver dentro y volveríamos a cerrar la mazmorra, así no se descubriría nunca lo sucedido. ¿Crees que se puede hacer eso sin la llave de los candados?

—Busca pinzas del pelo de diferentes tamaños, probaremos. Ya que no tengo otra escapatoria, seguiremos adelante.

—Entonces, ve a buscar el cadáver de Antoine. Coges un candelabro y te encierras en esa galería secreta.

—Sí, no perdamos más tiempo —aceptó Roger.

Cuando extrajeron el tizón de la garganta de Antoine, Vanda dijo:

—Lo limpiaré de sangre y también la sangre que hay en el suelo. Tú llévalo al túnel y enciérralo dentro de él. Avanza hasta llegar a la puerta de bronce y espera a que yo la abra.

—De acuerdo. —Acercó más su rostro al de la mujer—. No sé cómo terminará todo esto, es una aventura sangrienta, pero quiero que sepas que no me arrepiento de haber venido a salvarte.

—Un espíritu maligno parece haber liado todo este asunto. Si te apresan, yo gritaré tu inocencia aunque no me crean, no dejaré que te lleven a la guillotina.

—Te creo.

Sus labios se juntaron en un beso casi fugaz. No había tiempo para más.

¿Qué podían estar haciendo los mellizos en aquellos momentos?

CAPÍTULO XI

Vanda entró furtivamente en la alcoba donde se hospedaba Roger Trapan. Estaba muy nerviosa. No le era fácil controlar sus nervios después de cuánto le había sucedido.

Tenía unos deseos atroces de encararse con los mellizos e interrogarlos, ellos tenían que contarle la verdad.

¿Por qué tanta perversidad en sus mentes infantiles? ¿Por qué se habían aliado con Antoine para asesinarle luego? No era aquel el momento de buscarlos, sabía que habían regresado al palacete porque a distancia había visto los ponis, en las caballerizas y temía encontrarse con ellos antes de que Roger hiciera desaparecer el cadáver de Antoine. Si le encontraban con él, nadie le libraría de la guillotina. Nadie creería en su inocencia y quizás la culpabilizasen a ella también y le siguiera en el camino de la guillotina en la plaza pública o, con mucha suerte, sería encerrada en la prisión de Paris donde sería humillada y degradada como persona.

Abriendo el armario, tomó ropa de Roger, pantalones, una camisa y una chaqueta. Cambiándose de ropa tras ocultar el cadáver, nadie podría acusarle.

Al remover las ropas, encontró un revólver, era un Smith & Wesson americano de cañón corto.

Vanda lo observó unos instantes y tomó la decisión de llevárselo. Si Roger tenía mala suerte, no dejaría que le detuviesen. Todo les acusaba a ellos y tratar de explicar la verdad sería tan difícil como inútil, nadie les creería.

Furtivamente, como ladrona que acabara de robar aquellas ropas, Vanda avanzó por el pasillo y entró en su propio dormitorio. Las manos le temblaban y sentía una fuerte opresión en las sienes. Aquello no era un juego. Roger debía estar avanzando con dificultad por el túnel que iba del pabellón de caza al palacete, atravesando el bosque bajo tierra.

Ignoraba en qué condiciones se conservaba el largo túnel y como podría avanzar Roger con su pesada carga y un candelabro en la

mano para iluminarse.

Cerró la puerta de su alcoba con llave. Con las ropas y el revólver, se dirigió a la puerta secreta. Movió el resorte de la cajonera y la puerta se abrió. Penetró en el pasadizo secreto tras haberse provisto de una liviana palmatoria encendida. La luz de la vela no se había notado en su alcoba, pero sí iluminaba y bien los pasadizos aunque les daba un aspecto fantasmagórico.

¿Cuántas complicidades y conjuros habrían llevado a cabo seres que se habían deslizado silenciosamente por aquellos siniestros corredores? Pocos sospechaban que las paredes de palacios y castillos exageradamente gruesas ocultaban galerías secretas porque estaban huecas.

Avanzó aprisa, nada de aquel pasadizo era ya nuevo para ella.

No se había descuidado las pinzas y horquillas de los cabellos que Roger le había pedido. Si los niños eran tan perversos que conocían aquel sótano y descubrían el cadáver, no les creía capaces de denunciarlo, sería tanto como desvelar los secretos del palacete y eso, su padre jamás se lo perdonaría.

Llegó al distribuidor del sótano. Se acercó a la mesa y depositó sobre ella el paquete que portaba. Se apresuró a coger la llave que colgaba de la pared e introduciéndola en la cerradura de la puerta de bronce, la hizo girar. Los goznes chirriaron. Fría humedad molestó su fino olfato. —Roger, Roger, ¿me oyes?

Aguardó la respuesta llena de inquietud.

—¡Ya vengooo! —respondió la voz del joven, pero por la forma en que le llegaba, estaba lejos aún.

El túnel secreto bajo el bosque y los prados que rodeaban el palacete era más largo de lo que había supuesto, o quizás así se lo parecía porque Roger tenía que recorrerlo a pie y no a caballo y cargado con un cadáver.

—¡Adelante, Roger, todo está bien! —gritó, animándole a seguir.

Habían podido intercambiar palabras porque el túnel hacía de tubo acústico, ni la voz ni los ruidos podían perderse por parte alguna.

En cierto modo más tranquila, pues no se había equivocado en su apreciación de que aquel túnel conducía al pabellón de caza, túnel por el que debían haber trasladado dormido al desgraciado Charles después de amar a la desconocida de blanco.

Iluminada por la vela, se acercó a las mazmorras como atraída por un influjo misterioso.

Dos de ellas estaban abiertas, mostrando un interior vacío. Observó que había cadenas en las paredes y se estremeció como si una corriente de aire helado se introdujera entre sus ropas.

Fijó sus ojos en el candado de una de las mazmorras y sintió el deseo imperioso de abrir aquella puerta para aclarar el misterio que la obsesionaba.

Mientras Roger avanzaba con su pesada y sangrienta carga, Vanda sacó una de las pinzas de sus cabellos y la introdujo en la cerradura del candado, un candado grande y pesado pero que no parecía que fuese muy complicado en sus mecanismos.

Comenzó a hurgar en busca de dientes que mover con sus pinzas.

Cuando creía que tendría que esperar a Roger para que éste probara fortuna, una de las piezas interiores del candado cedió a la presión del hierrecillo que manejaba.

Logró quitar el candado del cerrojo y, en consecuencia, descorrerlo.

Empujó la puerta de gruesa madera y grandes herrajes, una puerta que se resistía, quizás por permanecer cerrada durante largos años.

Un fuerte e indefinido hedor la hizo tambalearse. El aire estaba allí tan viciado que respirarlo podía significar envenenarse.

Tras los primeros instantes de vacilación, adelantó la vela encendida para ver el interior de la mazmorra, cerrada hasta aquel momento.

No le sorprendió lo que descubrió, pero sí la horrorizó. Lo esperaba y lo temía al mismo tiempo.

—¡Dios mío!

En la pared frontal, sujeto con cadenas a la pared, había algo más que un esqueleto.

Los huesos no habían sido limpiados del todo por gusanos e insectos y el aspecto que ofrecían aquellos restos humanos era horroroso.

La calavera, que conservaba el cabello, la miraba desde la profundidad insondable de sus cuencas vacías. Tuvo la impresión de que aquel cadáver, todavía no transformado por completo en

esqueleto, le iba a hablar, le iba a decir algo, quizás suplicarle que le soltara las cadenas para poder escapar de aquel lugar horrible donde fuera asesinado de forma tan espeluznante.

Un fuerte empujón, recibido traidoramente, le puso el corazón en la garganta.

Alguien acababa de empujarla con fuerza para introducirla en el calabozo. Percatándose al instante de que lo que pretendían era encerrarla con los restos del desgraciado Charles, se revolvió antes de que lograran cerrar la pesada puerta.

Metió su rodilla entre la puerta y la jamba y con infinita desesperación, apenas sin ver porque la vela había caído al suelo, consiguió abrir la puerta lo suficiente para escapar al trágico encierro.

Frente a ella, riéndose abiertamente pero con gran malignidad, estaban los mellizos.

—¡Malditos! ¿Vosotros otra vez? Queríais encerrarme como a ese desgraciado para que me pudriera como él —les acusó, jadeante por el terror que había pasado.

Sabía que si los niños hubieran conseguido cerrar la puerta y pasar el cerrojo, quizás nadie la hubiera sacado nunca y pasado el tiempo, se parecería demasiado al desgraciado Charles.

—Sólo era una broma —dijo Henriette entre carcajadas.

Fingiendo seriedad, Jacques explicó:

—Nosotros jugamos mucho por aquí. Cómo has descubierto los pasadizos secretos y este sótano, pensamos que querías jugar con nosotros.

—Vosotros no jugáis, sois malignos. ¿Sabéis quién es ese hombre o lo que queda de él? —inquirió señalando con su mano el interior de la celda.

—Claro que lo sabemos —dijo Henriette sin vacilar.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo sabemos lo mismo que tú que has leído su diario secreto. Es nuestro padre. ¿Verdad, Jacques?

—Claro, es nuestro padre; bueno, lo poco que queda de él.

—¿Vuestro padre? —repitió Vanda, más horrorizada aún—. Dios mío, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? La mujer de blanco era vuestra madre.

—Sí, ella era nuestra madre, porque el marqués no podía tener

hijos. No sirve, ¿verdad, Jacques?

—Sí, sí, no sirve como hombre. —Y se rio de tal forma que hirió los oídos de la institutriz.

—Pero nadie debía saber que no servía —explicó Henriette—, por eso buscó consejo y le prepararon una ceremonia de bodas oculta en la noche de máscaras. Todo eso está escrito en el diario que tú también has leído, pero nosotros sabemos muchas más cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Vanda, no estando muy segura de si debía oír o no lo que los perversos mellizos podían contarle.

—Mamá murió al nacer nosotros.

—Sí, eso ya lo sabía.

—Pero seguro que no sabías que no murió de muerte natural, aunque todos dijeran que fue así.

—¿De qué murió entonces?

—Envenenada. Sí, envenenada, y a nosotros nos criaron amas de leche. A mamá la mataron nada más nacer nosotros.

—¿La mataron, pero, qué estáis diciendo? ¿Quién iba a matarla?

—El marqués de Gueret.

—Si era su marido...

Como si Vanda tuviera dificultades naturales de comprensión, Henriette le explicó con mucha calma:

—Mamá había hecho el amor con Charles, ese que está ahí dentro, porque el marqués era impotente. Eligió los días fértiles de mamá para organizar el baile de máscaras y todo fue bien, pero mamá sabía entonces demasiado y el marqués no quería ser un cornudo oficial. El deseaba tener hijos, llegamos nosotros y quedó satisfecho. No éramos hijos suyos, pero la gente no lo sabía y eso a él le bastaba. Hizo envenenar a mamá porque muerta ella, ya nadie podría acusarle de nada. Sólo quedó una persona que todo lo sabía y otra que lo sospechaba, pero que se puso del lado del marqués, protegiéndole.

—¿Antoine?

—¡Sí, sí! —casi gritaron de júbilo—. ¡Lo ha acertado!

—La persona que falta, recordando el diario, debía ser la desconocida mujer de negro con el antifaz de cuernos de luna. ¿No es eso?

—¡Lo has acertado otra vez! —aplaudió el niño.

Los mellizos parecían muy divertidos mientras Vanda se sentía

angustiada esperando que apareciera Roger, pero éste debía haberse detenido a descansar.

Transportar un cadáver por el largo túnel no debía ser tarea fácil.

Vanda miró hacia la otra mazmorra que estaba con candado y preguntó:

—¿Y quién está ahí, la mujer de negro y el antifaz de cuernos de luna?

—Es la sacerdotisa —asintió Jacques.

—¿Sacerdotisa druida? —quiso saber Vanda.

—Sí. Fue Antoine quien envenenó a nuestra madre por orden del marqués mientras la sacerdotisa era encerrada aquí hasta morir, sin comida ni agua — explicó Henriette con pasmosa frialdad—. Ella había confiado en el marqués de Gueret, por eso preparó el apareamiento del que nacimos nosotros, pero a una sacerdotisa druida no se la vence tan fácilmente. ¿Verdad, Jacques?

—No, claro que no. Ella se reencarnó en nosotros y nosotros, los dos, somos ella. Fácil, ¿verdad?

—¡No puedo creeros, no puedo!

Jacques corrió hacia la mazmorra que conservaba el candado. Lo abrió, descorrió el cerrojo y abrió la puerta iluminando su interior.

En el suelo yacía el casi esqueleto de la sacerdotisa druida con su antifaz plateado y vestida de negro. Bruscamente, la calavera se desprendió del resto del cuerpo y se alzó en el aire. Vanda lanzó un chillido de terror y retrocedió mientras los niños reían a carcajadas.

Como un vendaval, por detrás de ellos, surgió una sombra que los cogió en volandas y los arrojó al interior de la mazmorra, pasando el cerrojo después.

—¡Roger! ¿Qué has hecho?

—Esos niños son perversos y asesinos. La justicia no los va a condenar, pero yo sí y que Dios me perdone por lo que hago.

—¿Los vas a dejar ahí?

—He oído parte de lo que te contaban, yo deseaba saber también.

Al otro lado de la puerta del calabozo, los mellizos se reían sin temor alguno. —Dios mío, no están asustados, no lo comprendo — gimió Vanda.

—¿Es que no los has oído? No son niños, son la reencarnación

de una bruja druida. Se ríen porque saben que volverán a reencarnarse, volverán a vivir, se consideran inmortales.

—Eso no es posible —exclamó Vanda—, no es posible.

—¿Qué es lo que no es posible?

Sobresaltados, ambos se volvieron y descubrieron al marqués de Gueret acompañado de su fiel criado Sébastien que portaba un rifle entre sus manos con el cual les estaba apuntando.

—Verá, señor marqués —trató de explicar Roger para ganar tiempo— hemos descubierto restos humanos en las mazmorras.

—Eso es cuenta mía y no vuestra, este es mi palacete.

—¡Papá, papá, sálvanos! —comenzaron a gritar los mellizos.

—Jacques y Henriette me han contado que habíais asesinado a Antoine, y que estabais en el sótano secreto. Yo no quería creerlo, pero por lo que veo, como los niños os han descubierto, habéis querido asesinarlos también.

—Marqués, creo que no se ha dado cuenta de cómo son los mellizos, esos niños que no son sus hijos sino de su difunta esposa y del desgraciado que murió aquí encerrado sin que nadie le ayudara.

—¿Qué está diciendo? —Los ojos del marqués enrojecieron de furia.

—Lo que han contado los mellizos es que usted mandó asesinar a su querida y joven esposa después de que diera a luz felizmente porque ya no la necesitaba más para sus planes.

—¡Sébastien! ¡Enciérralos en una mazmorra, aquí abajo nadie los encontrará jamás!

—No hemos hecho nada —protestó Vanda— somos víctimas de toda esta perversidad.

—¿Nada? ¿Cómo el indiano está manchado de sangre? —inquirió el marqués con la actitud de quien no está dispuesto a perdonar y sí a llevar a cabo una ejecución.,

—Por eso le he traído ropa para que se cambiara —se apresuró a decir Vanda mientras sacaba la pistola de entre las ropas.

Sébastien se percató de ello e intentó dispararle, pero Roger le dio un empujón cuando ya sonaba el estruendo del disparo del rifle.

Vanda comenzó a disparar el revólver mientras Roger se arrojaba al suelo. Las balas silbaban por todas partes hasta que el percutor comenzó a golpear sobre los fulminantes de los cartuchos ya quemados. Vanda dejó caer el arma mientras Roger se levantaba

y corría hacia ella para abrazarla.

—¿Estás bien?

La tensión desbordó a la mujer que estalló en un violento sollozo mientras en el suelo yacían los cadáveres de Sébastien y del marqués con varios balazos cada uno.

Por todo el corredor y túneles comenzaron a oírse las voces de los mellizos. Eran voces que salían de entre las paredes y que ya no parecían humanas.

—¡Abrid la mazmorra, abrid la mazmorra, seremos los marqueses de Gueret!

¡Dejadnos escapar y vosotros os salvaréis!

—¡Roger, Roger, tengo miedo! —gimió Vanda.

—¡Si nos dejáis aquí encerrados, os perseguiremos hasta el fin del mundo!

—Sólo son amenazas —gruñó Roger—. Si nos amamos y nos mantenemos fuertes y unidos, jamás nos podrán atacar y vencer.

—Sí, sí, tienes razón, peor sería soltarlos —aceptó Vanda. Volviéndose hacia la mazmorra donde habían quedado encerrados los mellizos, gritó con fuerza y toda la rabia que sentía:

—¡Quedaos ahí para siempre, hijos del diablo!

Roger y Vanda, echaron a correr escaleras arriba para escapar del siniestro sótano donde las carcajadas perversas de los mellizos no parecían terminar jamás.

F I N



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts.